

Cisleitania Blues

Axier Garro



**Cisleitania
Blues 2020**

Axier Garro

Capítulo 1

"En realidad, el nombre de Cisleitania nunca fue de uso común"

"All that I have: this blurred memories"

(Todo lo que tengo son esas memorias borrosas)

Red House

Capítulo 2

Intro Posts

11 de enero de 2019

Esta es la ciudad de la música y dice internet que el blues es melancolía o tristeza. Un género musical vocal e instrumental, basado en la utilización de un patrón repetitivo que se desarrolló a través de las espirituales, canciones de trabajo, rimas inglesas, baladas escocesas e irlandesas y gritos de campo.

La utilización de las notas del blues y la importancia de los patrones de llamada y respuesta, tanto en la música como en las letras, son indicativos de su herencia africana-occidental.

Volkstheater, por su lado, significa teatro popular o del pueblo, y es la parada en la que generalmente me subo y bajo en el metro, momento en el que, posiblemente, interactúe más con esta ciudad y sus habitantes.

Así que, como llamada, respuesta, melancolía, cantos de oración, pueblo, teatro, baladas, trabajo y gritos riman en el día a día de Viena. He decidido que a mis posts sobre esta ciudad los llamaré "Posts desde Volkstheater Blues".

Capítulo 3

Kangchenjunga 101

Una explosión, es lo único que Marie-Louise Maillé recuerda del accidente. Un sonido estremecedor y la subsiguiente caída de aludes, llevándose por delante parte de los pinos plantados por su suegro que, milagrosamente, perdonaron el cobertizo donde las vacas de *La Ferme du Chênes*[1] aguantaban el invierno.

Era domingo 23 de enero de 1966, cuando el vuelo 101 de Air India procedente de Bombai con 106 pasajeros y 11 tripulantes, que había hecho escala en Delhi y Beirut, sin retrasos considerables, se aproximaba a Ginebra para repostar, y así poder enfilarse hacia Londres, su destino final.

Al despegar de la capital libanesa, su capitán J.T. D'Uarte, había informado sobre el mal funcionamiento de uno de los VORs o sistema de radio navegación del aparato. Un Boeing 707-437, con nombre Kangchenjunga, en funcionamiento desde abril de 1961 y con un total de 16.188 horas de vuelo.

La torre de control de Ginebra estaba al corriente de la situación y había enviado la información necesaria al piloto para aterrizar correctamente: tras sobrevolar el Mont-Blanc, el Kangchenjunga debía descender y aterrizar en Cointrin. Pero nunca llegó.

“Habían envejecido juntos”. En eso pensaba Marie-Louise mientras preparaba besa cheela, una especie de crêpe con vegetales típico del norte de India y que, sin duda, iba a ser el centro del desayuno aquella mañana de septiembre de 2013.

Jean-Baptiste, el marido de Marie-Louise, estaba ayudando a su hijo Jean a ordeñar a las seis vacas tarinas o tarentaise que quedaban en la granja, y Raj seguramente ya estaba practicando yoga.

“Hacía, ¿cuántos? ¿Cuarenta y seis... o cuarenta y siete años, ya?”, se preguntaba Marie-Louise.

Jean “petit”, como todavía era conocido entre las pocas familias de Chamonix de toda la vida que quedaban en el valle, iba a cumplir 45 años

en octubre, y la primera vez que Raj llamó a su casa, ella todavía ni estaba embarazada.

Mientras horneaba sus ya famosos croissants, que nada tenían que envidiar a los vendidos por cualquiera de las *boulangeries* y *pâtisseries*[2] de la ciudad, recordaba como aquella primera semana de febrero de 1966 había amanecido blanca tras las tormentas de nieve que habían asolado Des Bossons[3] y todo el valle de Chamonix desde el lunes anterior.

La *Ferme du Chênes*, la granja de la familia Maillé, se encontraba al final del *Chemin du Chênes*[4], una misma denominación para un paraje conocido por su bosque de robles y donde, además de los Maillé, nadie recordaba que alguien más hubiese osado vivir entre dos glaciares. Todavía no existía la defensa contra aludes de Tacconnaz que hoy hace de barrera artificial entre la propiedad y el glaciar del mismo nombre. Y Des Bossons, el gran glaciar del valle, llegaba casi hasta el cobertizo de madera construido en el periodo de entreguerras por Aurelian, abuelo de Jean-Baptiste. Un rudo veterano de la Gran Guerra, amigo de pocos y enemigo de muchos.

Situado al norte del Mont-Blanc, entre los picos de *Aiguilles Rouges* y la impresionante *Aiguille du Midi*[5], Chamonix era la estación de esquí más antigua de Francia y en 1924 había albergado los primeros Juegos Olímpicos de Invierno de la historia. Por lo que cualquier chamoniard estaba más que orgulloso del pasado y presente de su ciudad.

Pero los Maillé no eran cualquier chamoniard. Durante décadas se habían negado a aceptar que la inversión extranjera, "todo lo que venga de fuera de la Alta Saboya es extranjero aquí", proclamaba el abuelo, pudiese cambiar su modo de vida.

El abuelo Aurelian contaba historias de cuando los pastos eran comunales y cooperativas locales gestionaban su uso, incluyendo la temporada de esquí para ricos herederos de París y Londres. Pero también recordaba como París, siempre París, había regalado a los pijos del Club Alpino de Francia los permisos de guía, alejando de sus manos toda esa riqueza que, por justicia, les pertenecía.

Casi recién casados, los Maillé habían decidido seguir los pasos del abuelo y apostar por la ganadería huyendo de la locura desbocada del turismo que estaba acabando con el valle.

Al menos hasta que Raj llamó a su puerta.

Justo acababan de ordeñar al rebaño y, como más adelante informó la radio, eran las 8 de la mañana cuando el avión de Air India explotaba

contra el glaciar de Des Bossons. En 1966 los equipos de rescate estaban fundamentalmente compuestos por voluntarios locales que, como Jean-Baptiste, al oír el estruendo, salieron de casa y sin pensarlo tres veces se colocaron sus *Paraboot*[6], los calcetines de lana más gruesos que había en casa, tomaron el piolet, sus crampones, sogas y escaleras. Él salió además con Charles, el Gran San Bernardo de la casa. Un perro de búsqueda entrenado para encontrar a paseantes perdidos.

La explosión había desestabilizado completamente la plataforma central del glaciar. La nieve removida dificultaba el avance del equipo de rescate, y un enorme cráter del que emanaba una cortina de humo había surgido de repente. En su base se adivinaban llamas amarillas, verdes y azules, montones de hierros retorcidos, sacos, maletas y asientos desperdigados. El contraste entre el frío del invierno alpino y el calor del plástico y queroseno ardiendo, hacía que la nieve se convirtiera en agua y hielo a la vez, imposibilitando a hombres, perros y máquinas rescatar a nadie en una zona en la que los aludes eran algo más que una amenaza.

Charles, no paraba de ladrar, pero con ese ladrido -mejor aullido- de los que saben que la muerte ha ganado la partida. Las 117 personas que viajaban en el avión habían muerto, como había ocurrido en 1950 con el vuelo 245, también de Air India, y no había nada ni nadie que rescatar.

Una repentina tormenta de nieve acabó con las esperanzas de los voluntarios y Jean-Baptiste se las vio y deseó para atar a su compañero y arrastrarlo hasta casa. Exhaustos por el esfuerzo, helados por el intenso frío del invierno alpino, ya volverían otro día a por los cadáveres sepultados en ese maldito glaciar.

Raj se presentó a la semana del accidente en La Ferme du Chênes, y se le veía cansado, frío y tímido. Raj Singh, ingeniero, decía su carta de presentación y una dirección de Londres acompañaba a un número de teléfono.

Su francés era aceptable y su educación sorprendía. Desde 1944, tras la liberación de la Alta Saboya por las Fuerzas Francesas del interior (FFI), cuando un destacamento de fusileros senegalesas de la Francia Libre pasó por el valle buscando a tropas fronterizas nazis rezagadas, nadie en la familia Maillé recordaba haber visto a otro extranjero "del sur" atreviéndose a aporrear su puerta.

Buscaba una habitación cerca de Des Bossons y alguien en la ciudad le había hablado de La Ferme du Chênes, de Jean-Baptiste, Marie-Lousie y

de su perro.

No sabía por dónde comenzar su historia. Era hijo de Raj Singh padre, descendiente lejano del Maharana de Mewar, y había estudiado ingeniería en Cambridge, especializándose en física. Su padre, considerado colaborador de los británicos, había tenido que huir de la India justo antes de su independencia en 1947. Pero con la reciente victoria de Indira Gandhi, Raj padre esperaba volver a casa. Aunque nada de esto interesaba en chez Maillé, así que Raj hijo fue directo:

“Estoy buscando alquilar una habitación porque mi esposa Divya murió en el vuelo 101 y necesito encontrarla. Necesito llorar su cuerpo”.

Ni Marie-Louise ni Jean-Baptiste pudieron negarse. Jean-Marie padre y el abuelo habían participado en el rescate de la “Princesa Malabar” en 1950, y a él le había tocado este avión, pero ninguno de los dos había conseguido salvar a nadie.

Podrían haber cerrado la puerta en las narices de Raj pero la habitación del abuelo Aurelian estaba vacía, sus padres vivían retirados en la ciudad y necesitaba sentir que había hecho todo lo posible por acompañar a quienes tuvo que abandonar para salvarse a sí mismo y salvar a Charles. “Ese maldito glaciar”, pensó Jean-Baptiste.

En el Siglo XVII, Des Bossons era conocido como el glaciar embrujado. Sus enormes paredes de hielo no evocaban belleza ni tranquilidad como lo hacen hoy, sino terror. De sus pirámides nacían tormentas y rayos, llegando a extenderse hasta llegar casi a Chamonix, cercando el caserío de Le Fouly, mucho más abajo de donde hoy se encuentra *La Ferme du Chênes*, tragándose campos, establos y casas, por lo que los chamoniard llegaron a pedir ayuda al obispo de Ginebra para que este exorcizara el glaciar.

Con el tiempo, sus murallas comenzaron a ceder espacio, pero en 1815 volvió con fuerza y la comunidad aterrorizada erigió una enorme cruz blanca frente a su morro, que desde entonces se toma como referente para calcular su retroceso. Así, si en 1900 el glaciar se encontraba a 1050 metros de altura sobre el mar, en los 60, cuando ocurrió el accidente del Kangchenjunga, Des Bossons empezaba a los 1.300 metros y en 2013, mientras Marie-Louise preparaba el desayuno, se encontraba ya a más de 1.450 metros.

La tormenta posterior al accidente había apagado el fuego y tapado los restos. Los equipos solo habían podido regresar tres días después por lo que únicamente algunos restos de cuerpos congelados y, los más, carbonizados, habían podido ser llevados a la morgue de Bonneville.

Entonces no existían ni análisis de ADN, ni modo de cotejar huellas.

La investigación oficial concluyó afirmando que el capitán J.T. D'Uarte había confundido las instrucciones del aeropuerto de Ginebra, comenzando a descender antes de haber sobrevolado completamente el Mont-Blanc. La caja negra demostró que, entre las nubes, D'Uarte había atisbado la muralla de hielo de Des Bossons, haciendo subir la nave en una maniobra desesperada, quedándose a solo 15 metros de conseguirlo.

Desde *La Ferme du Chênes*, Raj podía llegar fácilmente hasta el glaciar. Era joven y aunque no parecía particularmente fuerte, su cuerpo fibroso denotaba un pasado atlético. Por lo que primero acompañado de Jean-Baptiste, y más tarde solo, aquel año de 1966, Raj estuvo todo el mes de febrero subiendo a la montaña. Y aguantó.

El cuerpo de Divya nunca apareció. Con los años, Marie-Louise aprendió que la esposa de Raj venía de una familia originaria de Goa, que era católica y se apellidaba Lobo. Y que su familia había facilitado la unión, entre otras razones, por una cuestión económica. Los Singh (león en sanscrito) habían perdido todo, pero eran *kshatriya*[7], miembros de la casta alta en el sistema social hindú. Los Lobo eran grandes comerciantes y en la nueva India dominada por el hinduismo su unión era una bendición para ambas partes.

La anexión de Goa por parte de la India había ocurrido pocos años antes de la caída del avión, en 1961. Acabando con 450 años de presencia y comercio portugués. Los Lobo se abrían paso en un nuevo país y pensaban que al unir ambos apellidos podrían acceder mejor al mercado de gemas en Delhi, Bombay y, sobre todo, Londres, donde una cada vez más dinámica comunidad asiática se abría paso.

Además, por encima de todo, Raj amaba a Divya. Echaba de menos aquellos ojos negros, esas pestañas y su mirada inteligente. Ese cuerpo diminuto, lleno de fuerza que se abría junto a él en las noches cálidas y húmedas de Goa, así como en las frías pero candentes de Londres. O al menos, así era como le gustaba imaginárselo a Marie-Louise, quien con el tiempo no había dejado de fantasear e imaginar, no sin un punto de envidia, una historia de amor entre un león y una loba, en alguna de esas playas paradisíacas que veía en la propaganda de las agencias de viaje que llenaban Chamonix ciudad.

Ese mismo verano volvió a *La Ferme du Chênes*, saliendo de nuevo con Jean-Baptiste a la búsqueda de algo que le confirmara que aquella que tanto amaba no volvería jamás. Durante esos fríos paseos por el glaciar, Jean-Baptiste aprendió que Kangchenjunga, además de ser el nombre del avión estrellado, era la denominación de la tercera montaña más alta del

mundo. Situada entre India y Nepal, y considerada hasta 1854 la primera por encima del K2 y el Everest.

Justamente, 11 años antes, una expedición británica había podido por fin llegar hasta la cumbre, aunque sin pisarla: "No se pisa la cumbre del Kangchenjunga, su cima está intacta y siempre seguirá intacta", repetía Raj. "Kangchenjunga, es un dios para los creyentes budistas. Es mucho más que una montaña sagrada".

Precisamente, desde 1955 y por ley, se había prohibido el ascenso a extranjeros a esta montaña sagrada para los *Sikkimese*[8]. Quienes consideran a la misma además de un dios, morada de dioses, donde vive y descansa el legendario yeti, Nee-gued. Y así parecía que iba a ocurrir también con los restos del avión homónimo, porque ese año de 1966 fue uno de los más nevados del siglo, y el cráter simplemente se igualó, desapareciendo en el maldito Des Bossons.

El respeto mutuo por la montaña terminó acercando más aún a los Maillé con Raj, quien, con el tiempo, abandonó Londres estableciéndose en Viena. Buscaba una nueva vida, lejos de recuerdos y comenzó a trabajar en la Agencia Internacional para la Energía Atómica[9] con la que había colaborado Homi Jehangir Bhabha, físico nuclear y padre del programa indio de la energía nuclear, muerto también en el accidente del vuelo 101.

Raj lloró todos los eneros de las décadas de los 70 y 80 en Des Bossons. Su obsesión por el Kangchenjunga era latente. Odiaba volar y llegaba todos los años en tren hasta la estación del SNCF, donde primero Jean-Baptiste y luego Jean, que ya no era "*le petit*", lo recogían y llevaban en coche hasta *chez Maillé*.

En su tiempo libre investigaba y buscaba información sobre todas las teorías que rodeaban el misterio de aquel glaciar embrujado que se había comido a dos aviones de Air India. Nunca más se volvió a casar y cuando estaba en Chamonix pasaba los días subiendo por el torrente Des Bossons, escalando el pico Wilson, paseando por la Plateau des Pyramides o subiendo al *Pointe Bravais*[10]. Buscando.

Caminando, cuando el tiempo lo permitía, por Des Bossons, Raj, durante al menos quince días al año, llenaba sus días de nieve y sus noches de conversación con Jean-Baptiste, Marie-Louis y "*le petit*" Jean. En la Ferme du Chênes, las historias de contrabandistas, maquis y Charles... De Gaulle, dejaban espacio a los cuentos sobre el Himalaya, las historias de amor del príncipe Mughal Salim y Anarkali[11], y las anécdotas sobre Neru, Indira o Mahatma Gandhi. Con el tiempo, la visita en invierno fue reemplazada por una escapada en verano, llegando a convertirse en un guía más. Aprendió

a conocer la zona casi mejor que Jean-Baptiste y sus perros salvavidas. Además, gracias a él, el espacio reservado a las víctimas del vuelo en el cementerio local tenía flores frescas todos los años.

En 2000 Raj llegó enfadadísimo a Chamonix. El gobierno local de Sikkim acababa de autorizar la escalada al Kanchenjunga a un equipo austriaco por 20.000 dólares americanos. Habían vendido la montaña sagrada por nada.

Grupos de Budistas locales comparaban la maniobra en India con permitir llenar de basura iglesias, mezquitas o sinagogas. Jean-Baptiste, pensaba que eso era precisamente lo que ocurría en el Mont-Blanc, así que ayudó a Raj con la organización de protestas y la edición de textos a publicar en la prensa alpina contra la expedición austriaca. "Lo que más rabia me da, es que sean de mi país de acogida. No lo soporto. ¡Esa locura de subir y llegar antes que nadie a cualquier parte!".

Entre las actividades, se organizó una recogida de basura en el Mont-Blanc incluyendo sus glaciares, para demostrar la cantidad de basura que se acumulaba con las expediciones de escalada y el impacto que tenía sobre la montaña. Y entre la basura, se halló un grupo de ejemplares del Delhi Telegraph, datados el 22 de enero de 1966. El retroceso del glaciar sacaba a la luz cada vez más pedazos del accidente, segmentos de cuerpos, sueños y recuerdos. Y a partir de entonces Raj, comenzó a ir más a menudo a Chamonix.

Efectivamente, "habían envejecido juntos". Marie-Louise tenía razón. Muchas cosas habían cambiado en ese tiempo. Con Raj, se habían acostumbrado a tener extraños en la casa y La Ferme du Chênes ya no era únicamente una explotación ganadera. Los dos Jean habían construido cabañas para turistas, y en invierno vivían de quienes venían a esquiar, mientras el resto del año lo hacían de aquellos que disfrutaban del trekking. Las vacas tarinas, oriundas de la Alta Saboya, eran más una atracción para niños que un medio de vida, y cuando Raj aparecía, las historias de la India eran reemplazadas por las de Marie-Louise, archiduquesa de Austria, segunda mujer de Napoleón, y el Himalaya por los Alpes tiroleses y sus tradiciones, no muy lejanas de las del Chamonix antiguo que tanto habían querido preservar en su día los Maillé.

Así, esa mañana tras realizar sus ejercicios de yoga, un Raj envejecido pero en forma, apareció en la cocina de Marie-Louise como lo había hecho ya durante los últimos 47 años. Contaba ya con más de 70 años, pero seguía visitando el restaurante *La Cabanne*[12] en la base del Montblanc para rumorear sobre los últimos hallazgos en el glaciar, y siempre se

interesaba hasta por la última pieza de fuselaje de avión rescatada del deshielo.

Saludó cortésmente, se sentó a disfrutar de su besa cheela, fruta, yogur y por supuesto croissants, y comentó como el cambio climático estaba afectando al glaciar que ya solamente tenía 7,5 km de largura y 10 km² de superficie.

“El abuelo Aurelien nos desheredaría. Ya nadie tiene principios aquí y hasta ese maldito glaciar parece que se da cuenta de que este es el fin del mundo y ha decidido marcharse. Mientras, aquí sigues tú, buscando y buscando, atascado en tu gran historia de amor”. Dijo Marie-Louise. Raj parecía pensativo. Ya nadie mencionaba a Divya y muy pocos recordaban porque ese indio tan agradable aparecía cada vez que podía por el valle.

Como siempre, inició su paseo hacia La Cabanne, con el ánimo de escuchar las últimas noticias sobre los hallazgos ya que un año antes, la aparición de una valija diplomática con información reservada del gobierno indio dirigida a su embajada en Londres, había despertado de nuevo el interés sobre lo ocurrido con el vuelo 101 y volvían a multiplicarse los buscadores de tesoros.

Allí, el viejo Louis, un antiguo recolector de cuarzo y gran escalador de la zona, le recibió con los brazos abiertos, intentado, testarudo, convencer a Raj de que un caza F 104-G Starfighter de la Fuerza Aérea Italiana había sido el causante del accidente, y no la CIA queriendo asesinar a Bhabha, su ídolo atómico. Sonreía, y dejaba a Louis hablar, hasta que conseguía saber quién había logrado rescatar qué y dónde.

Aquella noche Raj no volvió a La Ferme du Chênes, los Maillé acabaron llamando a la Gendarmerie[13] y un equipo de rescate hizo una primera batida por la zona. Jean-Baptiste apuntaba en un mapa donde podría encontrarse, mientras el comisario le entrevistaba, al tiempo que lo hacía asimismo con Marie-Louise y Louis, últimas personas que le habían visto con vida.

“Le conté lo de la caja con esmeraldas, rubíes y zafiros. Esa marcada como “Made in India”[14] que había aparecido en la montaña, y su cara cambió...”, dijo Louis.

“Parece que por fin Raj ha acabado su búsqueda, o ¿será que se lo trago la maldición del glaciar?”, apuntó el comisario.

[1] La Granja de los Robles, en francés.

[2] Panaderías y pastelerías, en francés.

[3] Uno de los principales glaciares del Mont-Blanc.

[4] Camino de los Robles, en francés.

[5] Las Agujas Rojas y la Aguja del Medio, respectivamente, en francés.

[6] Botas de montaña, equivalentes a nuestras chirucas.

[7] Guerreros o príncipes, que junto a los brahmanes (sacerdotes), representan las castas más altas en el hinduismo.

[8] Nativos de Sikkim, región de la India localizada en el Himalaya, y que hace frontera con Nepal, Bután y China.

[9] La Oficina de las Naciones Unidas en Viena (UNOV) fue establecida el 1 de enero de 1980 como tercera sede de las Naciones Unidas después de Nueva York y Ginebra, y antes de Nairobi. Sita en el Centro Internacional de Viena (VIC por sus siglas en inglés), el complejo de edificios alberga las sedes centrales de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC en sus siglas en inglés), la Agencia Internacional para la Energía Atómica, la Organización del Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares, la Comisión de las Naciones Unidas para el Derecho Mercantil Internacional, la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial y la Comisión Internacional para la Protección del río Danubio. En Viena también está la sede de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa y la International Centre for Migration Policy Development (ICMPD).

[10] Plataforma de las Pirámides y Punto Valiente, en francés.

[11] Antigua historia de amor del S. XVII, reproducida en numerosos libros y series televisivas, y que ocurre en Lahore (actual Pakistán) entre un emperador mogol y su cortesana.

[12] La cabaña, en francés.

[13] Gendarmería, cuerpo policial francés.

[14] Hecho en India, en inglés.

Capítulo 4

Posts desde Volkstheater Blues I

3 de Marzo de 2019

Llevo unos cuantos días dándole vueltas a un poema-canción, o viceversa, de Oskorri escrito por Xabier Amuriza... no es que haya sido nunca un gran seguidor de los bertsolaris [1] o lector de poesía, pero en aquellos tiempos en los que era importante poder impresionar vaya usted a saber a quién con lecturas de calado social o políticamente concienciadas... ehemmm... encontré a Oskorri, quien me llevó, entre otros, a Xabier Amuriza, quien alguna vez escribió algo loco-loco, aunque quizá no tanto, aquel "Furra-furra" y su tanque que aparece en el café con leche [2].

Sí, sí, han leído bien... el señor se levanta con suerte una mañana y se encuentra un tanque en su relaxing-kafesnia y no sabe si tiene paz o guerra... y por si acaso se tira un...

Bueno, pues el otro día paseaba por esta gran ciudad de Viena, donde reina la pax republicana y nadie osa molestar a nadie en la calle... (ni algunos colegas de trabajo que, ensimismados en no molestar en público, ni osan abrir la boca para dar un "bom dia" o un "todo bem" de rigor brasileño al que uno estaba ya mal acostumbrado...).

Bueno, pues eso, que el otro día, yo, caminando cabizbajo, fui asaltado por un señor gris de marrón, con ojos de sapo tras gafas de pasta que gritaba: "ein panzer![3]"

Sorprendido, no sé si por el grito, el deseo de conversar con alguien en la calle o el hecho de que gritaba que había un tanque en la calle... me giré, observé, y oí: "das auto ist ein panzer![4]"

Uauu, segunda frase de la semana... y uauuu, un enorme Bentley se subía a la acera y sí, parecía un panzer i...que nos quería comer!

Lo más curioso es que ayer me crucé con un panzer real en la calle... o mejor dicho una tanqueta, de aquellas que Oskorri se encontraba en su café con leche... Furra-furra! Fandangua!

[1] Dice internet que *bertsolari* o *bertsolarismo* es "el arte de cantar en verso de manera improvisada para conversar o pronunciar un discurso, rimando y con una métrica establecida. La palabra bertso en euskera equivale a lo que en castellano es una estrofa escrita según una métrica".

[2] *Gaur goizean jeiki naiz/ suerte onean,/ tanke bat topatu dut/ neure kafesnean;/ ez dakit zer daukagun/ bake ala gerra/ bainan nik badaezpadan/ egin dut puzkerra* - Esta mañana me he levantado/ con la mejor de las suertes/ encontré un tanque/ en mi café con leche;/ no sé si lo que tenemos/ es paz o guerra/ pero por si acaso/ me he tirado un cuesco.

[3] Un tanque (en alemán).

[4] Ese coche es un *panzer*, en alemán.

Capítulo 5

Tinin

“Disculpe, me han dicho que usted también vive en Viena”. Así empezamos la conversación. Estábamos en Zagreb, en el Hotel Esplanade. El hotel más famoso y lujoso de Zagreb, que en plena Belle Epoque fue construido como alojamiento a los pasajeros del Orient Express, y hoy es considerado un icono de la historia de la ciudad. Su nombre deriva de la explanada que le separa de la estación de tren y del parque del rey Tomislav. Primer rey de Croacia, coronado en Knin, en el Siglo X.

“Sí, efectivamente. Actualmente resido en Viena”. Respondí.

“Y ha dicho que vivió en Knin, ¿verdad?”, preguntó.

Estábamos participando en un encuentro de víctimas de las Guerras Balcánicas, esos conflictos que a algunos nos cambió la vida y a otros muchos se las destrozó. Acababa de hacer una introducción a nuestros proyectos de Justicia Transicional y había mencionado mi experiencia tras la operación *Oluja*, o “Tormenta”. No del desierto, pero casi. Pues hay quien afirma que allí arriba, en esas montañas, solo las serpientes, los lobos y, en su día, los serbios, eran capaces de vivir. Y hoy ya casi ni hay lobos, ni hay serbios.

“Exacto, viví justo debajo del castillo. En una de esas calles que ahora tienen nombre de rey”.

“Ahora...”, respondió lacónicamente.

Knin es una ciudad acabada, un antiguo núcleo ferroviario centro de la guerra de Croacia en los primeros años 90. Olvidada y perdida, su nombre aparece en plazas, calles, bares y restaurantes, pero en realidad solamente sale en las noticias cada 5 de agosto, cuando vencedores y vencidos rememoran su particular tormenta.

Teóricamente parte de Dalmacia, pero poco tiene que ver con su costa. Una fortaleza medieval preside el valle que cruza el río Krka, al que se accede tras rodear el impresionante cañón del Zrmanja si uno conduce desde Zagreb. Las montañas de Dinara y Svilaja, y la estepa de Gračac y Udbina, donde una noche de nieve y bura me crucé con un lobo de verdad, separan e incluso aíslan a la ciudad del resto del país. Quizá, el león alado veneciano a la entrada de su fortaleza recuerda que algún vínculo tuvo en su día con el Adriático. Pero para mí, ahí acaban las

similitudes.

Cuando trabajé en aquella ciudad, lo único que me atraía era pasear por sus vías de tren abandonadas, recordando mi barrio, el de "La Estación", con sus tres estaciones y sus vías, que hace décadas llevan a ninguna parte, como ocurría en Knin.

Y no, podría ser la ciudad del primer rey croata, pero menos tenía que ver aún con la estación central de Zagreb o con el Orient Express. Ese tren de misterio que Agatha Christie inmortalizó en una de sus novelas y que posteriores películas mostraban transitando por unas inexistentes montañas nevadas camino de Slavonski Brod, la plana, la ciudad un día capital de la llana Eslavonia.

En Knin, las montañas son de roca kárstica y son muy reales.

"Mi nombre es Petar. Ahora Peter. Y nací en Knin".
Debería haberle ofrecido un cigarro, pero yo no fumo. ¿Un trago? Eran las diez de la mañana, quizá un café mejor. Pero hace un tiempo que ya no tomo café.

"¿Un café?"

"Claro". Petar debía tener mi edad, año arriba o año abajo. Pintando canas, estaba claro que un día había sido moreno. Me sacaba unos cuantos palmos de altura y bastantes kilos. En una distancia corta, su origen balcánico estaba claro, pero había algo que no encajaba.

Salimos a una terraza lateral que daba a la cara este del Esplanade. En frente teníamos la estación, una fuente y la entrada al centro comercial Importane, donde seguía la bolera americana y la barra de comida rápida que había conocido en los 90.

"Cuando llegué aquí por primera vez, en 1992, recuerdo la estación. Era noviembre, hacía un frío que pelaba y del glamour de antaño quedaba muy poco. En la sala de espera unas cinco o seis personas dormitaban. Sentados en bancos de madera apoyados contra la pared. Un señor con botas de montar, mostacho recio y gorro de piel, como salido de un viaje a circasia, nos miró y exhaló un apestoso olor a alcohol barato. No fue una llegada muy agradable. Era primera hora de la mañana y habíamos pasado toda la noche, desde que montamos en Venecia, en un pequeño compartimento cerrado de un vagón que seguro nunca había pertenecido al Orient Express. Había intentado dormir en el suelo, pero el frío y latensión me lo impidieron. Así como a las 4 de la madrugada, en medio de la nada, el tren paró. Un chaval de mi edad, en uniforme de combate irregular, sin identificación clara, pelo largo, *kalashnikov* y relicarios en mano, nos pidió los pasaportes y preguntó si éramos mercenarios. *Humanitarna Pomoc*[1] respondimos, y nos dejó pasar. Habíamos entrado

en la Croacia en guerra”.

“Y nosotros éramos el enemigo”, respondió Peter. “Tengo la sensación de que siempre hemos sido el enemigo. Lo fuimos en esa guerra, nuestros abuelos lo fueron en la II Guerra Mundial, y los abuelos de nuestros abuelos en la época de los austriacos y de los otomanos”.

“Mientras usted llegaba a Zagreb, Agram en alemán, yo estaba en Belgrado. Mi padre me había obligado a marchar a casa de unos tíos. No quería verme envuelto en esa guerra que él presentía sería la última. Era profesor de literatura, especializado en los clásicos rusos, Dostoievski, Gorki, Tolstói... y me decía que una guerra, en lo único que se asemejaba a las historias del Don Apacible de Mijaíl Shólojov, era que siempre quien la contaba era el que sobrevivía. Aquel que cambiaba de bando en el momento adecuado.... Es extraño que estemos hablando de esto justo en la terraza del Hotel Esplanade. ¿No le parece?”.

“Nos han dejado el espacio casi gratis. Parece que es una especie de acuerdo que tiene la cadena dueña del establecimiento. Un programa de responsabilidad social empresarial. Nunca es tarde para acordarse de las víctimas”, respondí.

Como muchas veces ocurre en Europa central, lo que un día fue glamour, otro día fue terror. Y si en los años 20 hasta Josephine Baker[2] llegó a cantar y bailar semidesnuda en este hotel, en los 40 la Gestapo y la Wehrmacht[3] ocuparon los salones que más tarde recibirían al Mariscal Tito, a Orson Wells o a Maja Plisetszkaia.

Amagaba el sol con salir entre la niebla del río Sava, cuando coordinados, Peter y yo tomamos un sorbo de ese café que hace años no tomaba.

“Buf, ¡qué fuerte! ¡Esto levanta hasta a los muertos!”, exclamé.

“Sí. Pasé casi toda la guerra sin volver a Knin, estudiando en el Belgrado de Milosevic. Viviendo los efectos del bloqueo. La escasez de comida, la hiperinflación y viendo como jóvenes como yo iban al frente a luchar en Croacia primero y Bosnia después, y volvían o no. Mientras yo tenía que seguir estudiando esa ingeniería que llegué incluso a odiar. Aunque gracias a ella pude conseguir después de la guerra trabajo en los campos petrolíferos del norte de Noruega y desde allí saltar a la OMV[4] en Austria. Es por ello que vivo hoy en Viena”.

“¿En los campos offshore del Mar del Norte?”

“Pasaba seis meses en esas plataformas y tres meses en tierra. Para quienes no tenemos, o no teníamos, un lugar en el mundo, era una buena opción. Y siempre han pagado muy bien. En Belgrado nunca me sentí en mi casa. Echaba de menos la luz de Dalmacia. Ahí todo el mundo se

llenaba la boca con sus grandes palabras sobre la nación serbia, pero cada vez que hablaba y por mi acento me delataba, tenía que justificar e incluso autojustificarme. Frente a unos porque no estaba luchando por mi pueblo, y frente a otros porque no hacía todo lo contrario. Así que al final me fui”.

“¿A Noruega?”

“No, al frente”.

La primera vez que llegué a Knin era diciembre de 1997, así que no es su luz precisamente lo que recuerdo, sino su ausencia. Pero no iba a ser yo quien le llevara la contraria a Peter. Habían pasado solamente dos años y medio desde la operación *Oluja* y por toda la región se veía el resultado: decenas, cientos de casas quemadas y destruidas. Vacías. Llenas de nieve. La nada.

En tres días del verano de 1995, mientras algunos nos tirábamos al sol en la playa, el ejército croata había tomado hasta 10.400 kilómetros cuadrados de terreno de lo que hasta entonces había sido la República serbia de Krajina con capital, precisamente, en Knin. En tres días, sí.

En 72 horas, entre 1.000 o 2.000 personas resultaron muertas, más de 175.000 tuvieron que huir y alrededor de 4.000 fueron hechas prisioneras. El número de casas y edificios asaltados, quemados o minados, innumerable. Se dice pronto, ¿no? Es, posiblemente, una de las acciones de limpieza étnica más impactantes de Europa, llevada a cabo hace ahora, justo, 25 años. Solamente.

Y ahí estaba yo con Peter, charlando de las dificultades de trabajar en una plataforma petrolífera del Mar del Norte. Donde, imagino, tampoco habría mucha luz.

“Viena está lleno de serbios, muchos son originarios de la antigua Krajina pero la mayoría es de Belgrado. A mí me llaman el noruego. Tiene su gracia. Como te contaba. Te puedo tutear, ¿verdad? Tras casi cinco años en Belgrado huyendo de la guerra, en primavera de 1995 la operación *Blijesak*[5] acabó con el control serbio de Eslavonia del Oeste y me escapé. Huí de la universidad y me fui a Vukovar, donde me alisté en el ejército de Krajina. La ciudad estaba destrozada y reconozco que me asusté. Pero había tomado una decisión. Debía defender mi casa. Al poco pedí traslado a Knin. Se rieron, pues tenía que cruzar casi toda Bosnia en plena guerra, pero insistí tanto que no pudieron oponerse. El cruce desde Vukovar[6] a Knin por Brčko y Banja Luka me tomó tres días, pero llegué. Era junio y me incorporé a mi nueva unidad. Me asignaron a una unidad de zapadores. Había terminado el primer grado en ingeniería y teníamos que reforzar las defensas en torno al frente sur. Todos sabíamos que Croacia preparaba un ataque y era obvio que estábamos faltos de

efectivos, así que debíamos reforzarlas posiciones como fuera. Por lo que montamos un segundo círculo defensivo en torno a la ciudad”.

“Mi padre se quedó sin habla al verme de uniforme. Me llamó de todo. Pero un hijo es un hijo, así que acabó aceptándolo y aceptándome en casa. Precisamente, el cuatro de agosto, cuando la ofensiva comenzó yo estaba en casa. Acababa de pasar quince días revisando las trincheras, reforzando nuestras posiciones. Escuchando día y noche al enemigo avisar que iban a entrar y que no ofreciéramos resistencia. Que no teníamos posibilidad”.

“Cuando desperté, mi padre estaba haciendo una maleta. Cogiendo lo indispensable. Corriendo. Salimos, él para el campamento de Naciones Unidas donde estuvo refugiado una semana y yo para la sede de mi unidad. De allí me metieron en un camión que se dirigió hacia Bosnia y cuando intenté volver para luchar, la policía militar me apuntó con su kalashnikov. Estábamos rodeados de cientos de coches, tractores, furgonetas y personas que huían a pie . Y nosotros, que debíamos haberles protegido, formábamos parte de las mismas columnas. Detrás nos seguía el ejército croata, mientras por la radio oíamos como caían una a una Kistanje, Padjene, Ervenik, Biskupia, Glamoc y hasta Mrkonjic Grad [7]. No pude bajar del camión hasta llegar a Banja Luka y de ahí, vía Brčko, volví a encontrarme en Vukovar. Donde ya no se reían porque hubiésemos recorrido toda Bosnia de vuelta. ¡Fue un auténtico desastre!”.

“Dicen que todo estaba acordado y planeado entre Tudjman[8] y Milosevic”, respondí, con ánimo de bajar la tensión.

“Eso dicen”, me respondió Peter.

“Normalmente no vengo a este tipo de actividades, siempre hay algún extranjero o un experto que da su charla sobre el conflicto en los Balcanes, la necesidad de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición, y termino enfadado ¡Como van a garantizar que no se repita, si ya nos han echado!”.

“Esta vez, sin embargo, me contaron que la idea es darnos un espacio para contar lo que vivimos, como lo sentimos y como nos afectó en nuestras vidas. Me cuesta mucho hablar de Knin, de *Oluja*. Ha pasado ya un cuarto de siglo pero todavía siento algo que se asemeja a la vergüenza, que acaba cabreándome. Sacando ese vikingo que llevo dentro”, reía Peter.

“En el fondo sé que mi padre tenía razón. Él murió hace 10 años, mi madre nos había dejado ya antes de *Oluja*. Siguió viviendo en Knin y tenía ese maldito calendario parado en el 5 de agosto de 1995 para no olvidar. Su apartamento fue saqueado, pero el calendario quedó. Sus libros en

ruso fueron quemados, pero con el tiempo volvió a recuperarlos y vivía en su Guerra y Paz particular. Hasta que el hígado ya no aguantó más. *Oluja* lo mató. Esa maldita tormenta acabo con él. No llegué a su funeral”.

“A veces en Viena me preguntan de dónde soy y respondo que soy nacido en Tinin [9], un pueblo del norte de Noruega donde la nieve y el viento lo cubre todo en otoño, invierno y primavera. Donde habitan solo *samis* [10], renos y serbios. Donde nunca llega el tren y, simplemente, la luz muere al amanecer”.

[1] 19 Ayuda Humanitaria en croata.

[2] Nacida Freda Josephine MacDonald en San Luis, Misuri, Estados Unidos en 1906, fue una cantante, bailarina y actriz carismática de origen africano.

[3] Gestapo fue la policía secreta de la Alemania nazi y la Wehrmacht su ejército de tierra.

[4] OMV es la principal empresa productora de gas y petróleo en Austria.

[5] Operación militar ocurrida en marzo de 1995, de Bljesak, trueno en croata (predecesora de Oluja, tormenta).

[6] Si Croacia tiene forma de media luna, Vukovar se encuentra en uno de los extremos y Knin cerca del otro. Brčko es un municipio de Bosnia que hacía de corredor entre las dos partes de Bosnia controlada por fuerzas serbias y fue un punto constante de enfrentamiento. Un paso peligroso para cualquiera.

[7] Las últimas ciudades hacen parte ya de Bosnia, hasta donde llegaron las tropas de Croacia en verano de 1995.

[8] Siempre se ha comentado que la operación Oluja fue acordada entre los presidentes de Croacia y Serbia. Razón por la cual la evacuación del territorio estaría tan bien organizada y la resistencia casi nula.

[9] Nombre de Knin en húngaro.

[10] Pueblo indígena que habita en el norte de Noruega, Suecia, Finlandia y parte de Rusia.

Capítulo 6

Posts desde Volkstheater Blues II

Noviembre de 2019

En 1914, cuando Gavrilo Princip apretaba el gatillo en Sarajevo asesinando al heredero de la corona Austrohúngara, dando inicio, involuntariamente, asumo, a la I Guerra Mundial, Viena era la capital de un imperio multiétnico con más de dos millones de habitantes...

En 1951 había caído hasta 1,6 millones; y en 1991, al inicio de las Guerras Balcánicas, justo llegaba a los 1,3 millones.

Hoy, en 2020, somos 1,8 millones y más de 2,6 millones en su área metropolitana.

¿Se puede vivir sin el alemán en Viena? Me preguntan... Sí, respondo... ahora, ¿se puede vivir sin alemán y sin conocimientos de algún dialecto del antiguo serbo-croata o croata-serbio en Viena? Difícil... esa es mi respuesta.

Esta ciudad no sería la misma sin sus migrantes, sin aquellos que han encontrado un sitio donde recomenzar vidas truncadas... Viena "la roja" la llaman, por ser el feudo de la izquierda en el país... y así es, esto no es Austria.

Esto es mucho más que Austria. ¿Cisleitania?

Quizás... o quizás fue un sueño... Ya llevo un año aquí y no despierto.

Capítulo 7

Ein Dinosaur

“Vaya, ise acabó la tranquilidad!” pensó Frau Horvath al ver subir a su *tram* [1] a aquel hombre con un carrito para gemelos. Sentada en su asiento prioritario, se preguntaba por qué no imponían a niños de corta edad el uso de mascarilla en el transporte público. Había sobrevivido a la postguerra, a varias crisis económicas, pero no sabía si iba a sobrevivir a esta pandemia que la tenía tan preocupada. “Al menos, ipodrían tener la boca cerrada!”.

Frau Horvath se había despertado temprano aquella mañana. Mejor dicho, la habían despertado temprano: “esos vecinos mediterráneos del ático que no paran de gritar... `a la *escola* [2], `que es tarde”; y ese insufrible Oskar, el niño de los Dekker: “Llorando todas las mañanas, como si lo llevaran al matadero: *Nein, nein*, no quiero salir a la calle”.

Había preparado su café, tostado una loncha de pan para untar en mermelada de *marilen* [3], y tras desperezarse, se había preparado con el vestido azul marino de ir a la compra, una chaqueta de punto crema, el sombrero de paja tipo Harold Lloyd a juego coronado con un floripondio burdeos a modo de señal visual de peligro: “aquí vengo yo”; y, tras armarse con aquellas gafas de sol modelo Sofia Loren que un día compró en Italia con Fritz, salió a la calle con el carro de la compra y la máscara anti polvo azul y blanca, que decían mantenía a raya cualquier virus.

Menuda y frágil a sus casi 85 años, hacía semanas que tenía que apuntar en un pequeño papel la lista de la compra, pues comenzaba a tener esa desesperante sensación de que algo se le olvidaba, siempre.

“*Ein dinosaur, ein dinosaur, ein dinosaur...*” [4] uno de los gemelos del carrito repetía su letanía, frente a una Frau Horvath que fruncía el ceño, mientras el segundo niño dormía.

El tram, lleno de estudiantes y trabajadores a esas nueve de la mañana, bajaba por *Siebensterngasse* dirección al *Museumsquartier*.

“Quizá pare pronto y lleve a los niños a la guardería”, pensaba.

Había salido a comprar patatas y verdura al Hofer de la vuelta de la esquina, pero por cualquier extraña razón había terminado subiendo al *tram* 49 en la parada de *Westbahnstrasse*, a la altura de la Parroquia de *Sankt Lorenz am Schottenfeld*, en el Distrito 7 de la ciudad.

Frau Horvath, agarraba su vacío carro de la compra, mientras observaba de frente a aquel señor que por fin decía algo a su hijo: "Al menos podrías cambiar la frase y contar dinosaurios: uno, dos, tres... ¿Te parece?".

"*Ein dinosaur, zwei dinosaur, drei dinosaur... [5]*"

Como si de un resorte se tratara, el segundo niño abrió los ojos, y uniéndose a su hermano en un canto polifónico y gutural, comenzó a repetir las palabras prodigiosas: "*Ein dinosaur, ein dinosaur, ein dinosaur...*"

Una sonrisita invadió las caras de quienes viajaban en el tram a excepción, claro está, de la de Frau Horvath. Quien, educadamente, preguntó por el número de paradas que quedaban al señor del carrito y sus gemelos. "Vamos hasta el Gürtel, señora. Nos quedan tres más todavía".

"Muchas gracias", respondió, levantándose para buscar un nuevo asiento vacío, dos o tres vagones más atrás.

"¿A dónde iba yo?", se preguntó a sí misma Frau Horvath.

"¡Ah! A casa de Gregor. Seguro. Tengo que hablar con él".

Gregor era su único hijo. Había dejado el apartamento familiar nada más acabar la carrera, cuando se había casado con "esa... cómo se llama". Y tenía dos hijos, "la parejita" que Frau Horvath siempre había querido tener con Fritz.

Frau Horvath había llegado al Distrito Nueve de Viena cuando la postguerra, en un momento difícil en el que la ciudad comenzaba a renacer. Viena no se recuperaría del batacazo sufrido tras las dos guerras hasta mucho después. La ciudad se había vaciado en los años veinte y treinta, y en los cincuenta, muchos de los edificios de lo que hoy es el barrio de Neubau eran antiguas empresas abandonadas, algunas de las cuales comenzaban a retomar actividades. Ahí, en la *Deutscher und König*, una empresa familiar de pipas de fumar sita en la Bandgasse, muy cerca de las oficinas de municipales del distrito, es donde había conseguido trabajo como secretaria, y ahí es justo donde conoció a Fritz, entonces un joven de Warasdorf/Boristof en Burgenland, un pueblo muy cercano al suyo. Juntos crearon una familia, alquilaron un piso y se quedaron en ese barrio que hoy es un centro de tiendas y restaurantes alternativos, aunque no siempre aptos para todos los bolsillos.

"Hoy es martes y debo ir donde Fritz. Él me espera todos los días de labor en la *Haus Neubau*, puntual, a las once. Y son... las nueve. Hay tiempo". Su reloj de pulsera, regalo de boda de Fritz, seguía puntual, como siempre, y Frau Horvath nunca se olvidaba de darle cuerda. "lo he hecho

durante más de 65 años. ¡Cómo voy a olvidarme!”.

No había sido fácil convivir con Fritz. En los noventa, cuando ambos estaban a punto de jubilarse, habían llegado a hablar de separación y divorcio. Ambos eran independientes económicamente hablando, y Gregor ya tenía su vida bien encaminada. Podrían haber llegado a un acuerdo a la hora de compartir el piso y seguir viviendo en su calle de siempre, pero la enfermedad apareció de repente y Fritz se fue apagando poco a poco. Los planes de separación se alejaron. Como también lo hicieron las ganas de conocer más Italia, o de disfrutar de los lagos de Salzburgo o la Baja Austria, y la monotonía de la precisión y repetición de patrones se impuso.

“¿Y este papelito? ¡Uy, qué cabeza! Si todavía no he hecho la compra...”

El *tram* llegaba a la parada de "Ring-Volkstheater" en el Gürtel cuando Frau Horvath decidió que mejor seguía sentada, aprovechaba que era una línea circular y volvía a Schottenfeldgasse para comprar la verdura y patatas que necesitaba ese mediodía. Y, ya visitaría a Gregor y a “esa” otro día, y, a “esos” nietos, también en otro momento.

Aunque, pensándolo bien, quizá estaban en la escuela unos y los otros trabajando. “¡Qué tonta! La siguiente vez llamo antes, pero tengo que hablar con Gregor”.

La pelea de Fritz con el alzhéimer había sido injusta, como lo es siempre. Primero empezó a olvidar palabras, luego a olvidar cosas, recados, familia y al final ni sabía dónde estaba.

Por suerte ahí había estado Frau Horvath, apoyando en todo momento. Contando historias de su Burgenland natal, traduciendo de aquel idioma croata [6] de la infancia que parecía habían olvidado pero que la enfermedad traía de vuelta. Lavando, limpiando, riendo, amando más incluso que cuando se tenían que haber amado.

“Son ya más de las nueve y media. No voy a llegar”.
Al menos, de vuelta, el tram está tranquilo y ya nadie saca ruido. “Un dinosaurio... ¡hum!”.

Al rodear el palacio Epstein, sede actual de la Biblioteca del Parlamento, el tram apunta al *Museumquartier* [7], y la mente de Frau Horvath vuela al *Naturhistorisches Museum* [8] y las visitas que solían realizar en familia cuando Gregor era niño. Los Habsburgo coleccionaron en ese lugar, situado cerca de su palacio imperial del Hofburg, desde piedras preciosas a meteoritos y minerales, pasando por insectos y dinosaurios, como el esqueleto completo de un pterosaurio o el cráneo de un triceratops, que aún se exponían. “Gregor siempre con esa imaginación... siempre creía en los cuentos de dragones

que Fritz se inventaba”.

Encarando *Siebensterngasse* y los leones alados rosas de la impresionante fachada que desde siempre ha sobresalido en la plazoleta, Frau Horvath se concentra. No puede perder su parada. Quedan dos más y debe salir.

Sin mayores contratiempos logra bajarse, a la altura de Bandgasse, y por fin arrastra el carro de la compra hasta el Hofer, donde consigue dar uso del papelito que lleva en la escondido en el bolsillo de la chaqueta, junto su máscara de repuesto. Son más de las diez y se preocupa. Le va a tocar correr para poder llegar a tiempo.

Calienta agua en la olla a presión, la llena de acelgas, un poquito de nabo, patatas, sal y una pizca de mantequilla, la cierra y se peina para ir a ver a su Fritz. El silbido de la válvula de escape la devuelve a casa, y tras apagar el fuego ve que tiene un cuarto de hora escaso para llegar “justo a tiempo” piensa.

Cuando Fritz ya no recordaba nada ni a casi nadie, no hubo más remedio que internarle en Haus Neubau, un establecimiento público especializado en la tercera edad y enfermedades mentales, que se encuentra en el barrio a pie de calle. Esto permitía a Frau Horvath visitar a Fritz a diario, disfrutando juntos de ese paseíto de 30 minutos abrazados o, simplemente, de estar acurrucados en el banco del parquecito a la entrada.

Frau Horvath, por fin agarra su chaqueta de punto, el gorro del floripondio, las gafas Sofia Loren y llama al ascensor. La visita a Fritz antes de comer y el episodio diario de *Der Bergdoktor* (Doctor en los Alpes) después del almuerzo, se han convertido en su nuevo rosario y misa diaria desde hace no tanto tiempo. “Cómo ha cambiado la vida”, piensa.

Camina hacia la entrada de la Haus Neubau y al entrar nota que un nervioso Mirko, el celador, se le acerca con una fingida sonrisa en la cara.

Mirko lleva una máscara de plástico de esas que se sujetan con unas patas de gafa y parece un mielero.

“¿Me habré olvidado la máscara? ¡Qué despiste! ¿O será Fritz? ¿Le habrá pasado algo?”

“Señora Horvath, ¿cómo está hoy? Espere un momento que Frau Becker querría tener un momentito con usted”.

Frau Horvath se cerciona y nota que lleva la máscara puesta, ese no es el problema.

“Es Fritz, ¿le ha ocurrido algo?”

“Tranquila. Nada nuevo. Mientras espera, voy trayéndole un té. ¿le apetece?”.

“Sí, por favor. Muchas gracias”.

Frau Becker, la directora, llega sonriendo con una taza humeante “...otra con máscara de mielero”, y ofrece el té a Frau Horvath.

“¿Cómo está hoy? He llamado a su hijo Gregor y me ha dicho que en quince minutos estará con nosotras”.

Sorprendida, vuelve a preguntar por Fritz. “Son ya las once y él siempre es muy puntual. No soporta que lleguemos tarde a ningún sitio”.

“Claro, Fritz siempre tan puntual. Y, ¿usted cómo se encuentra?”

“Bien, siempre pendiente de mi Fritz, pero disfrutando de mi independencia, como dirían las jóvenes como usted. Y, ¿dice qué Gregor viene? Qué raro que venga a visitar a su padre un día laboral como hoy”.

“Claro... Vea, ya ha llegado. Aquí está”.

Si no fuera por el traje gris oscuro y la corbata de perfecto abogado, con esa máscara negra deportiva parecería un forajido de cualquier western italiano. “El amigo rubio y flaco de Bud Spencer”, piensa su madre, mientras se ríe al recordar las tontas películas de vaqueros que encantaban a Fritz.

Gregor cruza la puerta de Haus Neubau rápido, como un velociraptor al acecho. Nervioso, con la cabeza ligeramente encorvada, mirando a todos los lados. Fibroso, lleva gafas de montura roja, de esas alemanas que le dan un toque de vida ocultando ese ceño fruncido heredado de su madre, Marie-Therese Bölcs, hoy Horvath.

“Mamá. Ya sabes que papá murió hace más de dos meses. Tenemos que hablar”.

[1] Tranvía en alemán.

[2] Escuela en catalán, en original.

[3] Albaricoque en alemán.

[4] Un dinosaurio en alemán.

[5] Un dinosaurio, dos dinosaurios, tres dinosaurios...

[6] Croatas de Burgenland (Gradišćanski Hrvati, en croata; Burgenlandkroaten, en alemán; Burgenlandi horvátok, en húngaro; y Slovak: Burgendlandskí Chorváti, en eslovaco) es el nombre de la comunidad croata en Austria, Hungría y Eslovaquia. Los croatas de Burgenland emigraron de las regiones de Lika, Krbava, Kordun, Banovina y Moslavina en Croacia, así como de Bosnia Occidental, tras la ocupación turca de estos territorios en el Siglo XVI (1533-1584). Recibieron tierra y autonomía a manos del rey Ferdinand I, habitando una zona que se convirtió en frontera frente al Imperio Otomano, defendiendo los límites de Austria-Hungría al sur de la ciudad de Viena. Hoy representan una población entre 87,000 y 130.000 personas, manteniendo vivo el uso del idioma croata, y una grafía particular, con gran influencia del alemán.

[7] Barrio de los museos.

[8] Museo de historia natural.

Capítulo 8

Vuelve el Blues desde Volkstheater III

15 de Febrero de 2020

El año pasado me había propuesto escribir más sobre esta ciudad pero, simplemente, no ha podido ser... la ciudad de la música no me ha dado tregua.

"Volkstheater Blues" o canción triste del teatro del pueblo, es el título que había elegido para estos pequeños apuntes del día a día... pero mi gozo se hundió en un pozo... glup! ...entonces, ¿por qué vuelve?

La culpa no es del cha-cha-cha... para ser honestos. La culpa la tiene una stratocaster roja y blanca o, mejor dicho, su dueño y señor. Un buen mozo de 1,90 m y varios kilos de más, que, con greñas rubias, barba de tres o cuatro días, ojos cerrados y voz cazallera... Oh Lord! Que nos trajo de vuelta el Blues a la estación de "Ring-Volkstheater" en el Gürtel.

Enlace entre los distritos siete y ocho con el centro y sus palacios, la estación de "Ring-Volkstheater", frente al palacio Epstein y los jardines que el emperador Francisco José mandó construir para reemplazar la antigua muralla, es una pequeña marquesina verde a un chebaptore [1] bosnio y una pizzería turca pegada. Y sus aromas a comida rápida, que atraen a propios y a extraños, en conjunción a su condición de nudo de transporte humano, hacen de ella un auditorio para esa música que nunca se escuchará en el Palacio de la Ópera.

Sin duda, el palacio Epstein, hoy biblioteca del parlamento, conoció mejores días y escuchó instrumentos perfectamente afinados. Quizás a altas horas de algún bar mitzvah [2] los clarinetes sonaron aún más estridentes en su interior de lo que hoy suenan cuando la música balcánica de algunos avispados roma [3] irrumpe en la estación a hora punta y monta su espectáculo callejero libre de pago e impuestos pero lleno de voluntad (o de la voluntad...).

Eso sí, estoy seguro de que nunca sus cariátides oyeron antes un blues como el de ayer por la tarde. Pero, ¡isi casi bajan a bailar! Librándose del peso de la fachada y ¡esos años de fingida indiferencia! Oh Lord!

Érase una vez una guitarra al movimiento de unos pies pegada, o viceversa.... John Lee Hooker, maestro versionado y Joe Cooker, acólito homenajeado. El gigante de las barbas, acabó con el reinado balcánico y "Ring Volkstheater" sonaba a bourbon.

Debería invitarle a tocar el cielo en mi fiesta 50 de cumpleaños (si es que llegamos a hacerla), y estoy dispuesto a dejarme unas cuantas monedas de oro o botellas de uisce o acqua vitae en el intento.

Viena: ciudad de la música ...y Volkstheater: puro blues... isí señor!

[1] Puesto de comida rápida balcánica, donde se consigue chebapi, burek y plijeskavica (que no son más que nuestros filetes rusos de toda la vida).

[2] Ceremonia judía de iniciación para niños de 13 años.

[3] Perteneciente al pueblo Rom o Gitano.

Capítulo 9

Ya lo sabes

Acabas de encontrarlo y lo apuntas en tu libreta. Todo lo que andabas buscando está ahí, en ese documento amarillo, ajado por el tiempo, tibio, familiar y lejano a su vez. Huele a rancio, a cerrado, a muerte, y es tuyo. Todo tuyo.

Ha aparecido en una vieja carpeta verde. Lo esperabas, pero ahora que lo tienes, dudas. ¿Serás capaz de contarlo? Te preguntas.

Das un sorbo a ese café que has conseguido en Myc Coffee, envasado o, mejor dicho, empacado en esos odiosos vasos de cartón que tan de moda se han puesto y no sabes que responder.

Maier. Ese era el nombre que buscabas. Desde que llegaron esas coronas de flores al entierro de tu abuelo, pensabas que era un apellido inventado. Como Schmidt o Bauer. Un García cualquiera para pasar disimulando. Pero ahora lo tienes ahí, en esa ficha del registro, en ese nicho enjaulado que te han dejado ocupar en los antiguos archivos de Siret. Y escribes, apuntas y tachas. Es Maier.

Miras al techo, te quitas las gafas, las limpias y escribes un WhatsApp: "Mañana tomo el bus de vuelta. Nos vemos en Viena". Tu búsqueda ha acabado pero justo ahora empieza lo más complicado, escribir.

La grieta que cruza el techo de escayola dibuja un contorno curioso. No sabes bien si te recuerda a una montaña, al contorno de alguien tumbado o a uno de esos dibujos que hacía Picasso de perros salchicha alargados.

"Vale", responden. "Infórmate primero, porque Kurz está cerrando la frontera con Italia. Parece que el virus ese puede entrar en Austria y ya han cancelado trenes". "Hablan de cerrar el aeropuerto y ponernos a todos en cuarentena".

A tu abuelo le encantaba Picasso, decía que era un gran pintor y un mejor antifascista. Un poco mujeriego y vividor. Un mal comunista. Pero que eso no era tan malo. Que ser un buen comunista era peor, ...decía.

Sonríes con el recuerdo, pero te duele la cabeza, está pesada y necesitas aire fresco. Recoges tus cosas y te acercas a la administrativa que se encarga del archivo. Pelo negro, ojos color avellana, vestido de verano en el frío de marzo, de algodón con margaritas sobre azul marino y camiseta interior de manga larga, también azul. Sus ojos se achican e imaginas una

sonrisa y te habla en alemán. Te sigue sorprendiendo de que hablen alemán por aquí. ¡Pero si todo el mundo hablaba alemán hace menos de 100 años! Aunque 100 años es mucho tiempo, ¿o no?

Te despidas, abrochas el abrigo, enrollas tu bufanda gris al cuello y bajas esas escaleras blancas gastadas por el tiempo mientras imaginas todos esos zapatos y, sobre todos, botas militares austriacas, rumanas, rusas, ucranianas y moldavas, que algún día, en algún momento, pasaron por allí.

La calefacción te ha secado por dentro, pero en la calle sientes la humedad y el gris pegajoso de un invierno que no acaba de terminar. Enciendes un cigarro y tras una única calada, lo apagas. Te ahoga. ¿O será otra cosa la que te asfixia?

“Cerrar fronteras. ¿Estamos locos? ¡Nadie cierra fronteras!”.

Siempre has querido escribir esa gran novela histórica en la que tu familia se convierte en el hilo conductor de una tierra que cambia de manos constantemente y que representa lo mejor y lo peor del Siglo XX. Te has atrevido a esbozar los primeros capítulos, desarrollar cuentos que en principio parecen inconexos pero que son un todo. Has enviado alguno de ellos a concursos literarios y hasta te han publicado alguna cosilla en el típico libro recopilatorio de jóvenes escritores que financia ese municipio perdido en cualquier valle en honor a Goethe, el gran escritor en lengua germánica, autor de Fausto, obra clave para entender la obsesión por la modernidad que a todos nos invade.

Pero a ti te interesa el pasado. Dicen que de él se ha de aprender, que conocerlo es la mejor manera de no repetir errores. Lo crees firmemente. Así, hoy deberías sentirte más cerca de tu objetivo pues has confirmado que tu bisabuelo Franz existió de verdad. Que era austriaco de pura cepa como decía él, Karl, tu abuelo. Y eso es verdad. Ya sabes que fue zapatero, soldado, veterano de la Gran Guerra y de la Revolución Rusa. Que no todo eran mentiras. Pero dudas. Dudas más que nunca.

Este año cumples 50 y crees que ha llegado el momento de celebrarlo con todos esos amigos que has dejado por medio mundo. Preparas una fiesta en la que quieres anunciar que, por fin, vas a acabar con esa idea que llevas rumiando desde en tu cabeza desde que tienes uso de razón. Sacas un nuevo cigarro, acabas de un último sorbo del café y usas el vaso para tirar la ceniza mientras piensas que al menos ese pedazo de cartón sirve de improvisado cenicero.

Oteas la calle en busca de una papelería y decides sentarte en la única terraza de la plaza, consiguiendo que un simpático camarero te ofrezca otro café. Aunque esta vez es un expreso de máquina, bien concentrado, como a ti te gusta, acompañado de un vasito de agua con gas y un

pretzel, bretzel, brezeln, berzn... o covrigi[1] en rumano.

“Mersi”... respondes, pues sabes que nunca podrás llegar a pronunciar bien *mul-țu-mesc*[2].

Repasas mentalmente todos los datos y comienzas a estructurar ese árbol genealógico del que deben surgir los capítulos de tu libro. Piensas que ya sabes que tu bisabuela Ilona era de Siret, o Sereth, o Seret en húngaro, y que se casó con Franz después de que volviera de Rusia, e intuyes que la historia loca del cántaro de leche derramado que te contaba él, tu abuelo, es cierta.

Imaginas entonces a Franz uniformado con aquel casco puntiagudo listo para defender un imperio que ya no era, y le ves camino de los Urales prisionero, acabado, hambriento y entumecido, tras la ofensiva rusa que terminó con millones de soldados austro-húngaros atrapados y rendidos en 1914. Lo supones arrastrando los pies envueltos en trozos de mantas

rasgadas, helado, hambriento y con miedo. Añorando su casa en Bukovina, la región remota donde nacieron generaciones de Meier, y a Maierhof, su barrio, tu barrio, en Siret, o Sereth, o Seret en alemán. Lugar, que un día, tras finalizar la Gran Guerra, decidió incorporarse a Rumanía. Cerrando, dando un portazo, toda la historia de Austria-Hungría.

Tu bisabuelo Franz tardó ocho años en volver de Rusia y a ti te ha costado quince años decidirte a viajar a este lugar en el que descansan tus raíces maternas y del que ahora mismo solo quieres marchar. Nadie mejor que tu sabe cuánto llevas con este proyecto y justo ahora, cuando las palabras vienen, lo has perdido.

Él perdió una Gran Guerra, pero ganó una revolución premiada con el desprecio al que luchó con los bolcheviques, primero para sobrevivir y luego por convicción. El buen revolucionario, el odiado comunista por parte de los otros Meier que quedaron en Siret, o Sereth, o Seret. ¿Acaso no has heredado nada de ese coraje?

Tu bisabuela, fue la primera mujer del pueblo en ver al fantasma que volvía andando desde la frontera, oculto bajo un capote de guerra ruso, calzado con botas rusas y con el sombrero negro de piel ruso. Del susto, perdió el equilibrio, derramando el cántaro de leche que acabó hecho añicos. “¡Un fantasma!”, gritó.

No se conocían, pero desde ese desastroso encuentro, durante veinte años dicen, Ilona y Franz no se separaron jamás. Es entonces cuando tu abuela se disuelve en los libros, como lo hace el recuerdo de las familias *székelys* o húngaros de la zona que fueron deportadas por la fuerza y usadas como carne de cañón en las políticas de limpieza étnica que

Hungría promovió en la Voivodina serbia durante la otra Gran Guerra, la Segunda.

No hay rastro de ella en los archivos y temas que nunca sabrás si murió a manos de los partisanos de Tito, del Ejército Rojo, o de vejez y pena en un país extranjero al que nada o poco le unía, a no ser su lengua materna. Rodeada de unos vecinos que tuvieron que empezar de cero y a los que poco interesaba una vieja loca y sola, que había perdido todo, incluso el nombre, pues ya no se atrevía a usar Meier. ¿Pero quién en su sano juicio lo haría tras la Segunda Gran Guerra?

Mientras, piensas que todavía no sabes bien como resumir esos 20 años entre guerras, ni como enlazar el desarraigo en una tierra que, siendo todavía la misma, ya no es ni el país de Franz ni el de Ilona. Aunque sospechas que fueron años de peligros vinculados a la militancia comunista, que abren tu imaginación y ya has escrito sobre el internacionalismo, las reuniones clandestinas, las huidas por ventanas y patios, los pitidos de la policía en la noche, la edición y distribución de propaganda. Que supones vinculada al frío del invierno, el sucio hollín del carbón faltante en la casa de un zapatero remendón, veterano de guerra, que trae a ese nuevo mundo a cuatro hijos e hijas llamados Friedrich/Frederic, Roşa/Rozalie, Gregor/Grigorie y Karl/Carol. Tu abuelo.

No lo niegas. Te has basado en clásicos rusos como Gorki o Dostoievski, pero intuyes que leyendo a Elisabeth Axmann, Rose Ausländer, Paul Celan o, simplemente, visitando los cementerios de Siret, o Sereth, o Seret aprenderás más de un mundo que existe atrapado, únicamente, en lápidas, archivos y bibliotecas. Ese mundo de los alemanes de Bukovina o,

mejor dicho, de los últimos austriacos de Rumania. Pero acabas de enviar ese WhatsApp. En serio. ¿Piensas huir justo ahora? ¡No, no puedes! ¿Por qué lo has hecho?

Kronen Zeitung te envía un SMS, „El canciller Kurz cierra la frontera“. Tienes hasta el lunes para llegar a casa. Apagas tu último cigarro.

Sabes que tu primer y segundo capítulos de la novela están cubiertos. Tienen un poco de guerra, mucho de sufrimiento, bastante de amor, intriga y sorpresa. Son tus bisabuelos. ¿Qué más quieres? Has ganado tu historia... aunque, también, intuyes que has perdido tu inocencia.

Es cierto, se te ha estropeado la trama. Querías escribir sobre lo malo que había sido tu abuelo paterno, ese que se había hecho rico a consta del “canned-beef”[3] en tiempos de los nazis. Contraponiéndolo con el materno. Si bien, quizá, la puedas readaptar.

Sí, el gran pasado heroico de Hans senior, padre de Hans junior, tu padre, durante esa Segunda Gran Guerra, se resume en las horas pasadas escondido entre libros de cuentas, mientras trabajaba para intermediarios que compraban carne de vaca enlatada en Uruguay y Argentina. Al tiempo que, desde La Coruña, Santander o Bilbao, rompiendo el embargo internacional, la contrabandeaba oficialmente, haciéndola llegar al *III Reich* proveyendo de alimentos a las tropas.

Ese abuelo que nunca sonreía y poseía un castillo en la Alta Austria. "Esas cosas que pasan por aquí", decía. Utilizó sus contactos durante la postguerra para poner en marcha una cadena de supermercados y seguir proveyendo de alimentos a toda Austria, mientras se casaba con la perfecta abuela. Aquella que en su juventud escribía cartas a los jóvenes patriotas que iban al frente, tejía calcetines y bufandas para ellos, y saludaba brazo en alto, hasta que lo bajó o, mejor dicho, se lo bajaron.

Nunca sufrieron proceso alguno de desnazificación. Al haber sido personal civil, tu abuelo nunca pasaro por un campo de prisioneros. Hans senior, fue automáticamente transferido a la administración aliada y se encargó, con la misma eficiencia que le caracterizó durante el *III Reich*, de organizar el abastecimiento de alimentos en Viena. Al tiempo que tus bisabuelos seguían viviendo en su casa de siempre, con sus contactos de de toda la vida, ayudando esporádicamente a desescombrar el barrio, piedra a piedra, balde a balde. Superviviendo.

Covrigi. Pronunciado *Ko-bri-dzi*. Con K. Como Karl. Te has acabado el café y el *pretzel* te está despertando el hambre. "¡Era la historia perfecta!"

Karl, Karl Meier, padre de Elisabeta Meier, tu madre. Hermano de Grigorie y Frederic, movilizados en 1941 por Rumanía y que desaparecen en el frente de Stalingrado. Hijo de Franz, comunista encarcelado y represaliado por Antonescu. Se alista en la Tudor Vladimirescu Division en 1945, con 16 años recién cumplidos. Mintiendo. Era el centro de tu historia.

Querías contar que lo hizo con la esperanza de encontrar a sus hermanos entre los voluntarios rumanos que presos en la Unión Soviética, tras el fiasco de la "Operación Barbarroja"[4], habían cambiado de bando y luchaban con los soviéticos como ya lo había hecho su padre.

Nunca los encontré, pero con la Vladimirescu entró en Bucarest y llegó hasta la actual Eslovaquia, luchando junto al Ejército Rojo Ruso en Hungría y Austria. Sobre todo en Debrecen, de donde decía haber salido vivo por los pelos, abriendo el camino a la "liberación" de Viena.

Como hablaba además de rumano fluidamente alemán, húngaro y tenía conocimientos de ruso, has confirmado que Karl entró a formar parte del comando de inteligencia de su División. Y que, acabada la guerra con

honoros y medallas, por su lealtad y valentía, volvió a pie hasta Rumanía desde lo que hoy es Eslovaquia, en un viaje que recordaba con orgullo a través de ciudades que había ayudado a liberar, ...o destruir.

Le costó casi dos meses llegar a Siret, o Sereth, o Seret. Pero, a diferencia de lo que había pasado con su padre, nadie le recibió a la entrada del pueblo. No encontró ni rastro de su madre, ni de su padre. Los hermanos jamás volvieron y su hermana Roşa, nunca más Rozalie, había iniciado nueva vida en Bucarest. Ya lo sabes, ya tienes otros dos capítulos de tu novela y, un tercero, si es que decides contar la vida de Roşa.

De vuelta en Bucarest, Karl fue trasladado a la división Horea, Cloşca și Crişan. Donde Carol, desde entonces solo ya Carol, y Gherman, nunca más Meier, fue adoptado por el general Roman o Neülander - aunque este también, nunca más fue Neülander - con quien compartía militancia y, a escondidas, el gusto por la lectura de los clásicos de la literatura germana.

A partir de ahí, Carol se centra en "sus estudios", mientras crece en las estructuras de la nueva Rumanía, todavía ligado al nuevo ejército, la Horea y al poder que rodea al general Roman. Aunque a ti te ha contado que acaba siendo profesor de germanística en la *Universitatea din Bucureşti*. En su Facultad de Lenguas Modernas has confirmado que su nombre, ni el viejo, ni el nuevo, no aparece en registro o archivo alguno de profesores. Por lo que deduces que es otra mentira. Si fuera cierto, calculas, que entre acabar secundaria y la facultad, tu abuelo no se habría licenciado hasta el 53, como mínimo. Y eso, nunca te ha cuadrado.

"Hola. Me llamo Ioana". Oyes y respondes: "Curioso: así se llamaba mi abuela". Es la administrativa del registro de Siret, o Sereth, o Seret. "¿Puedo sentarme? Es raro encontrar a alemanes buscando información en nuestros archivos. Normalmente son israelíes buscando datos sobre sus familiares asesinados durante el nazismo. Pero hay muy pocos alemanes preguntando por su pasado". "Soy austriaco", alegas. "Bueno. Austriacos. Quería decir austriacos. Esto era Austria-Hungría".

La seta de butano os calienta. Son cerca de las tres de la tarde y el archivo ya se ha cerrado. Siret, formaba parte de la parte más oriental del antiguo imperio, piensas. "Aunque quede a casi 1.000 km de Viena y haya que cruzar toda Hungría para llegar hasta aquí, Bukovina pertenecía a la parte austriaca del imperio, no a la húngara".

Ioana pide otro café. El suyo es con una nube de leche fría y mucho azúcar. Crees tener espacio para un tercer café y, por supuesto, no vas a perder la oportunidad de charlar con Ioana sobre la antigua Sereth austriaca, la Seret húngara y la historia de Bukovina. Habláis de convivencia, de fronteras artificiales con Moldavia y Ucrania, de odios, envidias, venganzas y cuando mencionas a Carol Gherman, su mirada se

extravía.

“¡Quién lo diría! ¡Fue mi abuelo”. Le cuentas que sabes que se casó con Ioana Stoica en 1967. A quien conoció como estudiante del Instituto Politécnico de Bucarest y que murió de cáncer en 1978. O, al menos, que eso aparece en los registros, porque además de los registros, en Rumanía hay que revisar archivos.

Nacida en Oltenița, justo en la otra punta del país, has sabido por los archivos de la *Securitate*[5] que Ioana pasó de ser una buena estudiante y mejor ingeniera, a ser una pésima comunista pero gran esposa.

Te enfrentas, de nuevo, a unos 15 años de hueco, sobre los que solamente tenías historias y anécdotas contadas por un abuelo que os visitaba muy de vez en cuando y jugaba contigo en un salón de Viena, subiéndote a sus ya cansadas rodillas, en las que te hacía trotar como cualquier húsar de caballería mientras cantaba: *“Avanti popolo, bandiera rossa; Alla riscossa, alla riscossa!”*.

La Securitate, con un número estimado de 700.000 informadores, vigilaban a una población de 23 millones y produjo más de 1 millón de expedientes, entre los que a ti te han interesado solamente dos. Los de Iona Gherman, de nacimiento Stoica, y el de Carol Gherman, de nacimiento Meier.

Dicen los archivos que Carol lloró a Ioana, que al fallecer esta tenía 33 años, 15 menos que Karl, y que dejaba una niña, tu madre. Aunque también dicen que, desde el nacimiento de la niña el compromiso de ella con el partido había bajado y que ya no asistía a las asambleas, ni participaba en los procesos de decisión comunal. Y también dicen que Carol se quejaba de comentarios críticos que ponían en riesgo la seguridad del Estado, “dada su posición”, y pedía que se hiciera algo. “Algo”.

E intuyes que ese “algo” y ese “cáncer” pueden estar relacionados, pues Carol, no era cualquiera de los 700.000 informadores, sino uno de los dueños del archivo. Pero claro, eso no puedes ponerlo en tu novela. ¿O sí?

Carol Gherman envió a tu madre al internado de Liceo francés de Viena, recuperando su antiguo apellido Meier, justo a la muerte de su madre. Y con el tiempo, la represión contra las protestas en Timișoara explotaba, y un Roman, hijo de otro Roman, llegaba al poder. Confirmas que, al poco, sale definitivamente para Austria sin ser descomunizado, pues nadie descomuniza, y sabes, ya lo sabes, que su nivel de vida no pudo estar sustentado únicamente por su pensión de antiguo funcionario rumano.

"*Prietenului Trupelor*", al amigo de las tropas. Eso ponía en la corona de flores que los excolegas de la Securitate habían enviado a su entierro, sin más referencia ni remitente. Y sabes, ya lo sabes, que airear la amistad de tu abuelo con Ceaușescu y su responsabilidad en el régimen es algo que mejor se queda silenciado entre los muros de un salón cualquiera de Viena. Aquí, en Siret, ya solamente Siret, todo el mundo conoce la historia de tu abuelo. Acabas de darte cuenta de que eras tú, únicamente tú, y quizás tu madre, el único que idealizaba las batallitas de una guerra que todavía nos condiciona.

Incauto. ¿Por qué crees que el silencio impera?

Herederó del "Canned-beef": la historia del nieto de dos carniceros... bonito nombre para una novela. Querías que fuera otra cosa. Tendrás que escribir otra historia.

[1] Bollo de pan con forma de lazo, tradicional en todos los territorios del antiguo imperio austrohúngaro.

[2] Gracias en rumano.

[3] Carne enlatada

[4] Nombre de la operación militar alemana en Estalingrado.

[5] Servicio de seguridad rumano durante el periodo comunista.

Capítulo 10

¿Blues? ¿De dónde? ¿...Volks-qué? IV

7 de abril de 2020

Frente a aquellos que dicen que esto es el inicio del fin, el juicio final, el Armagedón... ¡a mí es que me recuerda más al Génesis!

1 En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

2 Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

...¿Y?

Primera salida de casa en tres semanas y no hay nadie... na-di-e.

No se puede escribir de nadie, de nada... na-da.

Capítulo 11

Triest Hotel

Habíamos salido de la primera oleada del Covid-19 y antes de entrar en el periodo vacacional de verano y arriesgarnos a la segunda oleada, nuestro jefe de oficina decidió organizar una pequeña recepción en el ático del Hotel Triest en Wiedner Hauptstraße, distrito cuarto de Viena, cerca de Karl Platz y del *Naschmarkt* [1].

El lugar era perfecto, una mezcla entre tradición y diseño moderno, y una terraza con vistas al centro. El sol radiaba y el sommer-spritzer hecho de vino blanco, agua con gas y mucho hielo entraba como nunca.

Siempre he tenido fama de buen oidor, aunque quizá no tanto de escuchador, pues soy un poco terco a la hora de defender los tres o cuatro principios que guían mi vida, pero cada vez que alguien necesita un oído cerca, si es con algo en la mano y al solete, ahí suelo estar. O, mejor dicho, ahí suele estar mi oído y mi cabeza, diciendo sí y sí, como ocurre con esos muñecos de bulldog francés con gafas de sol. Otra cosa es que escuche.

Habíamos pasado tres meses largos encerrados en casa desde que el gobierno del canciller Kurz nos había confinado a todos.

Por suerte, en junio pudimos poner nuestros pies tranquilamente en la calle, pasear por parques y montañas cercanas, y hasta ir de vez en cuando a la oficina. Un lujo, cuando tienes a cuatro personas en casa enganchadas al *wifi*, intentando trabajar o estudiar y todos al mismo tiempo. Encerrados como tigres enjaulados.

Sin embargo, aun seguíamos manteniendo las distancias. Era la primera vez que nos veíamos todos en grupo y en un mismo lugar. Así que ni besos, ni abrazos. Sonrisas muchas, preguntas más y mascarillas unas cuantas.

Pasaron los discursos, la entrega de premios y regalos. Se habló de las despedidas, de los cambios e incorporaciones. Poco a poco nos fuimos relajando, haciendo grupitos, bromeando sobre las aventuras de la pandemia. Obviando preguntas sobre la familia en casa, planes de futuro o, simplemente, trabajo.

En fin, estábamos todos juntos a nivel superficial, como siempre, aunque necesitando ese sommer-spritzer, esa terraza y esas sonrisas más que

nunca.

No sabría decir quien dio el primer paso, si fue ella, o fui yo. Seguramente ella, para que lo vamos a negar.

"Hoy celebro mi segundo cumpleaños del 2020", dijo en un momento, abriendo mi interés.

"¿Segundo?".

"Sí, hoy celebro el día en que volví a ser yo misma. ¡Salud!"

"¡Salud!". "Espero que no me cuente una historia médica, la verdad". Pensé. Soy bastante aprensivo, y ya tengo suficiente con el Covid-19. Pues si oigo historias de cánceres, dolores, ataques y achaques, empiezo a sentir los mismos síntomas.

"¿Segundo?", repetí inconscientemente.

"Por entonces vivía en Innsbruck, la capital del Tirol. Yo soy de Pfunds, un pueblo tirolés cerca de Suiza, pero me crie en el Schigymansium de Stams. ¿Lo conoces?"

"No. La verdad".

"Es un centro de alto rendimiento para esquiadores. Fui de la élite, allí estudié la secundaria y después me especialicé en comercio internacional en su escuela universitaria".

"¿De la élite? Acabas de impresionarme".

"No te creas. Suena a cuento de hadas, pero en ese mundo había más brujas egoístas que princesas. Y nunca he tenido claro, de hecho, en que grupo colocarme a mí misma".

Para mí, sin duda, estaba entre las segundas. Pero eso me lo guardé para mí. Rubia, con mirada inteligente de color gris, de esas que el escritor Markus Zusak califica en su libro "La ladrona de libros" como "a la moda" en los años del nazismo, seguía muy en forma a sus casi 45 años. De sonrisa fácil y pegajosa, tenía muchas de las propiedades que cualquiera con dos dedos de frente buscaría en alguien para seguir en la *élite*.

Por lo que yo, aun sabiendo que iba a terminar doliéndome algo aquella noche, caí embobado, esperando a escuchar una historia que, seguramente, me aportaría poco o casi nada.

"Déjame que te cuente sobre mi segundo nacimiento. Era un domingo por la mañana y había salido a correr. Estaba rodeando el parque de *Hofgarten*, cerca del río Inn, y como tenía unas cuantas cosas en la

cabeza no vi el bache con el que me torcí el tobillo y acabé rompiendo los ligamentos de la rodilla. Era pronto y no había casi nadie por esa parte de la ciudad. Había salido con el iPod, pues entonces los teléfonos eran casi como ladrillos, y la música se llevaba a parte. ¿Recuerdas?”

“Yo recuerdo hasta los walkman ¡imagínate!”. Dije queriéndome hacer el gracioso, aunque al tiempo me di cuenta que también me hacía el viejales. Al menos no era una historia de enfermedades, y los golpes ajenos, admito, siempre me han dolido menos. “Calla y escucha Axier”, me dije a mí mismo.

“Walkman y calentadores, ¿recuerdas los 80? ¡qué gracioso! Vuelven a estar de moda. Pero no, yo llevaba un iPod, de los grandotes. Y eso que era hace menos de 10 años. Y acabé ahí. Tirada en el suelo y sin poder levantarme. Con un dolor horrible y una rodilla que se hinchaba a velocidad de vértigo. Hacía años había tenido una lesión en la misma rodilla derecha, y me había retirado de la alta competición. Una lesión que, curiosamente, había acelerado mis planes de boda con Rudolf, mi ex”.

Lanzada como nunca me contó como en el Tirol las mujeres todavía se supone que deben casarse y retirarse a la casa, convirtiéndose en esposas perfectas, cuidadoras de sus maridos, hijos y, sobre todo, del jardín. El gran hobby del lugar. Lidiando con el mantenimiento del césped, las flores, la poda de los árboles y hasta el lavado de las piedras.

“¡Con vaporetta! Esa máquina que sirve para planchar, limpiar las cortinas, lavar las colchas. Pues también sirve para los suelos y las piedras. Las deja blancas y relucientes. Listas para que los vecinos se mueran de envidia.

Ese domingo Rudolf estaba trabajando en el taller que teníamos frente a la casa. Lijando un nuevo prototipo de bobsleigh, hiperrápido, construido por él con fibra de vidrio”.

“*Bobsleigh* es... ¿un trineo?”, pregunté.

“Sí, algo parecido. Un trineo olímpico. De competición. Mi ex fue miembro del equipo olímpico de Austria. Ahora es entrenador y construye bobsleighs. Nos conocimos en la escuela de Stams y como hacíamos la pareja perfecta. Nos casamos”.

Ahí, Kirsten, pues ese era su nombre, bajó la mirada al suelo.

Fue una milésima de segundo, pero suficiente.

“En fin. Que estando en el suelo tirada, pensaba en Rudolf y sus trastos. Cuando Max, otro antiguo miembro de la élite de Stams, apareció en el

parque.

Max, llegó a ser hasta tres veces bronce olímpico en *slalom* y *slalom* gigante, y casi oro en los noventa. Cuando Alberto Tomba lo dominaba todo. Algunos le llamaban la eterna promesa, pero a él le daba igual. Siempre daba lo máximo que podía, y después de acabar la escuela y dejar el esquí, había estudiado medicina deportiva. Siendo todavía hoy uno de los solteros más codiciados de Innsbruck”.

Los colegas de oficina empezaban a despedirse. Los buenos deseos para unas vacaciones que nadie sabía muy bien donde ni cómo iban a ocurrir, se mezclaban con la música de fondo. Que, del pop internacional fiestero, bajó de volumen, para transformarse en una música ambiental tipo *lounge*, de esas gravadas para no molestar pero que tras más de media hora llegan a enloquecer a cualquiera por sus ritmos repetitivos, llanos y simples.

“Imagínate”, seguía Kirsten. “Max me llevó a urgencias. Estuvo supervisando la inmovilización de mi maldita rodilla y me llevó de vuelta a casa en su deportivo. Llegando justo cuando mis suegros y Rudolf volvían de misa.

Tenías que haber visto su cara de sorpresa, no ya por mi rodilla enyesada, sino por mi llegada en un coche ajeno. Algo que todavía me cuesta describir”.

Un típico domingo en Tirol implica vestirse con el *dirndl* [2] y acompañar a la familia a misa. En Viena, uno todavía se cruza con señoras vestidas con *dirndl*, pero no es tan común. Quizá en lugares como Salzburgo su uso es más frecuente y, sobre todo, en las zonas rurales, donde la moda *Landhausmode* o estilo de vestir de casa de campo, domina en días festivos y domingos en general.

Caracterizado por ser un vestido ajustado en cintura y pecho, acentúa las curvas femeninas mientras esconde lo que algunos llamarían imperfecciones. Su origen etimológico está en las palabras *dirndlkleid* o *dirndlgewand* que significan literalmente ropa de jovencita, aunque hoy, en versiones de faldas más o menos largas, es usado por mujeres de diversas edades.

Siendo el equivalente masculino el *lederhosen*, un pantalón corto con tirantes de cuero acompañado de una camisa bordada o una chaqueta de lana o lino, y medias cortas o hasta la rodilla, dependiendo de la época del año.

“En Innsbruck, con más o menos 300.000 habitantes, no todo el mundo se conoce, pero como el esquí es religión, Max, Rudolf y yo habíamos llegado a ser, a nivel local, lo que hoy son Federer o Nadal en el tenis. Así

que, cada vez que iba a rehabilitación alguien le iba con el chisme a mi suegra.

Habíamos sido la pareja perfecta. Campeona de esquí y campeón de bobsleigh, guapos, serios, creyentes y practicantes. Seguíamos en forma y participábamos de los eventos sociales y deportivos del Tirol. No tuvimos hijos y eso era sospechoso. Así que verme con Max rompió el encantamiento”.

Kirsten me habló de la presión que siempre había sentido para mantenerse en el peso exacto. Del carácter de quienes competían contra sí mismos. De la soledad en grupo. De lo difícil que era sobresalir y de cómo, paradójicamente, era la mediocridad la opción preferida por una sociedad envidiosa, más interesada en las formas que en el fondo.

“Rudolf nunca me levantó la voz, nunca me chilló, pero tampoco nunca me habló o preguntó. Se aisló en su taller y al final fue él quien realmente cayó y perdió. Un día volví a Pfunds. Sola, donde mis padres. Era carnaval, y los chicos del pueblo habían construido unas carrozas donde se reían de las noticias más llamativas del año.

En una de ellas, un grupo de chicos parodiaban a los Niños Cantores de Viena. Hacía poco había saltado el escándalo sobre un supuesto abuso sexual en el coro más famoso de Austria, y todos los medios trataban el tema con ese punto de cinismo y sarcasmo que se usa al tratar cuestiones escabrosas.

Los chicos de mi pueblo, por el contrario, se reían, sin disimulo. Sin vergüenza. Como solo puede hacerse en carnaval, en un pueblo que reniega de su capital y sus excentricidades. Fue en ese momento en el que pensé que había llegado el momento de escapar y me vine, precisamente, a Viena, a la ciudad de Freud [3]. Y aquí estoy. Independiente, rehecha, excéntrica ...o loca. Como siguen diciendo mi ex, sus padres y hasta los míos. ¡Salud!”.

Cayeron un par de *sommer-spritzer* más, hablamos de lo diferente que estaba la ciudad sin turistas, sin asiáticos corriendo por el centro en bandadas humanas a sacarse la foto de moda. Sin el bullicio de quienes disfrutaban de sus vacaciones mientras los demás corremos para intentar llegar a la siguiente reunión.

Ambos nos descubrimos encantados con esta Viena vacía, con sus detalles en fachadas, esquinas o locales recuperados para los residentes y que, todos deseamos, perder cuanto antes.

“¿Te has preguntado alguna vez qué es, exactamente, la normalidad?”

Al coger el ascensor de salida pensé en lo extraño que era admitir como bonito e innovador la instalación de grandes cristaleras con armazones de

acero y cemento en antiguas fachadas imperiales, pretendiendo que lo antiguo se convierta en actual. El absurdo de esa nueva moda de construir espaciosos dúplex en las azoteas de edificios románticos, otrora pisos para trabajadores y artesanos, o la obstinación en boga por poseer terrazas ibicencas en una ciudad fría y ventosa como es Viena.

Puedes remodelar un hotel, una casa, una ciudad o hasta un país, pero en el fondo un edificio romántico sigue siendo de principios del Siglo XX y sus pilares de apoyo se hunden en el mismo fango, lo pintes como lo pintes.

Al final, la conversación no había sido tan insulsa como esperaba.

“¡Salud!”.

[1] Es el mercado al aire libre más conocido de Viena, donde se encuentran puestos de flores, dulces, antigüedades o restaurantes y cafeterías.

[2] Vestido tradicional en Austria y Baviera principalmente.

[3] Sigmund Freud, vienés, padre del psicoanálisis, nacido en Pribor, hoy República Checa y en 1856 parte de Austria-Hungría, y muerto en el exilio en Hampstead, Londres (Reino Unido) el 23 de septiembre de 1939.

Capítulo 12

Posts desde Volkstheater Blues V

5 de septiembre de 2020

No hay ni un alma. Nadie pasea ya por la zona de Graben. La catedral sigue estando sola y el Hofburg [1] parece más grande que nunca. Abandonado.

Tras seis meses sin turistas... seguimos esquivando gente, huyendo de otros seres vivientes. Hemos llegado al centro, donde normalmente el bullicio del turismo no nos permite llegar.

Y....

Hay una canción de Lonesome Sundown (puesta de sol solitaria) que dice "estoy cansado, muy cansado de vivir solo..." (so tired, so tired of living so alone)... y mete un solo de trompeta como solo un viejo blues es capaz de hacer.

Mira, baby... puedo ver nuevos detalles en fachadas, viejas estatuas que antes estaban apagadas, casas y construcciones que la locura del stress urbano escondía... pero, ¡qué es lo que has hecho!

Esta ya no es mi ciudad de la música... es... lonley... solitaria.

Habían pasado cuatro años desde el final de la guerra de Bosnia y estaba un día de junio tomando una cerveza en Banja Luka.

"Han vuelto los gitanos", dijo mi amigo Andrej. "Eso es bueno".

"Fueron los primeros en irse cuando las cosas se empezaron a calentar. Es bueno que vuelvan"

¡Por favor, que vuelvan los gitanos a Viena, y si es algún Amador guitarreando blues, aun mejor!

21 años después de Banja Luka

[1] Nombre del palacio imperial de Viena.

Capítulo 13

2 de noviembre

A Hazi le entra un WhatsApp: "¿Hola, todo bien??? ¿Ya estás en casa???"

"Sí, tranquila", son las 22:03

"Ok + Emoji: Carita Feliz".

"Me estás mintiendo.... ¿Estáis bien???"

"Hazi!???"

"Sí, estamos encerrados dentro de un café. La policía está aquí. Tranquila".

Son las 22:16

"Esto parece Paris... bataklan"

"Ya ha acabado. Pero no nos dejan salir. Duerme!"

"Avisa cuando llegues a casa"

"Ok"

"Seguimos en el café. Todo bien"... son las 23:01.

"Dicen que buscan a otro".

"La policía nos pide que vayamos con ellos. Mañana te aviso"... 23:53

.....

"Acabo de llegar a casa".

Son las 03:07.

"¡Qué bien! ¡Luego paso... gracias a Dios!" 04:37

No hay como despertarse con el calor del sol en la cara y el aroma a café recién hecho. Parece una frase hecha. Bueno, es una frase hecha. Pero es tan real como la vida misma. Otra frase hecha.

Ayer, o, mejor dicho, esta mañana, te ha costado coger el sueño, pero entrevés en tu despertador que ya son más de las 12 de la mañana. Te duele la cabeza, sientes los ojos pesados y lo primero que se te ocurre es que hoy has faltado al trabajo, aunque, al momento recuerdas haber escrito a tu jefe y abres el teléfono.

¡Te entran 85 mensajes de WhatsApp!

“¡Hola dormilón! ¡Buenos días!”. Es Özlem, tu hermana. “Tendría que matarte por habernos mentido anoche, pero me gusta verte entero”.

Tiene su cabello suelto, los ojos brillantes y esa sonrisa inteligente que siempre te ha fastidiado. Özlem, la pequeña Özzy, es una de esas pocas personas capaces de sacarte de tus casillas. Algo que siempre ha sabido hacer muy bien. Pero hoy te prepara café. “Y tienes el desayuno esperando. He hecho unos huevos revueltos con tomate, cebolla y perejil. Como a ti te gustan. Pero no les he puesto sal. No es buena. Y no te conviene. Viejo. ¡Sal de ahí que se enfría!”.

Los mensajes van a tener que esperar. No obstante, por si acaso, confirmas que tu jefe ha recibido el tuyo y lees un: “No te preocupes. No voy a abrir hoy. La policía nos ha pedido cerrar”.

Respiras hondo. Te pones una camiseta, unos pantalones vaqueros y sales de tu habitación tras abrir la ventana para que entre un poco de aire. Notas que la ciudad está silenciada.

Es martes. Un día cualquiera. Tu barrio debería hervir de actividad, pero no se escuchan ni coches, ni gente por las calles. Un susurro proviene de la escalera y descubres que tus vecinos están en casa. Se está acabando la mañana, es día laboral y aquí siguen.

Recuerdas que hoy es el primer día de una nueva cuarentena. Has perdido la cuenta de las oleadas, ¿es ya la tercera o la cuarta? Aun así, los vecinos tendrían que haber ido a trabajar.

Te frotas las sienes y piensas en el pasado. En esos días de protestas, “de lucha”, como decía tu padre, en los que todos los comercios en tu barrio de Gazi, en Estambul, se cerraban.

Tenías 3 años cuando, precisamente, tras los días “de lucha”, huisteis de Turquía. Justo después de que un grupo paramilitar ametrallara esos cafés

y aquella tienda de *baklava* en Gaziosmanpaşa, Gazi.

Padre llegó a casa con su camisa de cuadros desgarrada, la mirada asustada y una ceja partida. Sabes más por las historias y los recuerdos de aquellos días, oídos en torno a un café, que por lo que padre haya contado.

Pero desde entonces puedes reconocer que el silencio antecede al peligro.

Ayer, al menos, tu volviste entero. Sucio, con el miedo en el cuerpo, pero sin un rasguño. Ni tú, ni Alev fuisteis heridos. Ni tú, ni Alev, pensáis huir. "La historia se repite", piensas. Otra frase hecha.

De ayer, recuerdas las deflagraciones secas, los gritos y las caras de aquellos que se quedaron quietos. Helados. En silencio.

Cierras los ojos y te ves mirando a Alev, mientras ambos saltáis de la silla. Comenzáis a gritar, a agarrar a la gente de sus camisas. Los tiráis al suelo. Caen sillas. Mesas, vasos. La pared se escorcha y el polvillo se mete en tus ojos. Un cristal revienta cerca. Te arrastras. Buscas a Alev. Sigue chillando. La puerta del café está abierta. Entráis y la aseguráis.

Alguien dice: "...tras la barra, ¡al suelo! ¡Esto no ha acabado!"

Te aseguras de no estar herido. A tu lado alguien sangra. La música sigue, "...*I kissed the girl. And I liked it!*" ¡Absurdo!

Pides silencio y que apaguen las luces. "¡Qué no nos vean!".

Silencio.

"¡Hazi! ¡No te duermas! El café se enfría".

"Gracias hermanita. ¿Cómo está mamá? Y, ¿papá? Imagino que ya les habrás dicho que estoy bien. Ayer no les llamé y escribir no sirve para nada. Nunca responden".

Özzy y tú os lleváis más de diez años. Casi dos generaciones os separan, pero ambos habéis heredado el inconformismo de vuestro padre. Tú, interesado en disfrutar de la vida, ella, metida en sus estudios y en su religión. Y tu padre enredado su vida de sindicalista anti-sistema, primero en Turquía y ahora en Austria.

Los otros tres hermanos que tenéis, así como vuestra madre, siempre se han dejado llevar. Veletas que giran, al viento que más sopla. Y en Viena sopla mucho y muy fuerte.

La ves moverse por tu salón y cocina como si lo hiciera todos los días. Con ese pelo azabache suelto que siempre te ha encantado y esa seguridad que la ha caracterizado desde la cuna. Por cierto, Özzy, no lleva *hijab* hoy. Y no lo ves sobre el sofá frente a la tele.

¡Con la bronca que montó en casa a los 16 años, el día que llegó con él, enfundada en su cazadora de cuero y con las botas de estilo militar! Si hubiese llegado con el pelo tintado de rojo y la cabeza medio rapada, la impresión habría sido menor. Pero ahí estaba ella, marcando terreno, enfrentándose al patriarca y al entorno en el que crecía.

“También he avisado a tus hermanos. Allí, había visto las imágenes que rularon por WhatsApp, donde se os oía a Alev y a ti gritar en turco, mientras tirabais a la gente al suelo e intentabais ponerlos a cubierto. El resto, no se había enterado de nada. ¡Mira que son felices!”.

“¿¡Gritamos en turco!? Ni me había dado cuenta. No he visto ninguna grabación. Sería algún vecino de la zona. Todo fue muy rápido”.

“¿Ves? –te responde-. En los momentos difíciles, siempre queda claro de donde es uno. Y tú, por mucho que lo intentes negar, eres turco y de Estambul”.

“Y tú, vienesa”.

“Por supuesto”.

Os reis juntos. Repasáis los últimos meses. Obviáis lo ocurrido anoche y aprovecháis a ponerlos al día. Özzy te cuenta lo difícil que está siendo acabar ingeniería técnica en la TU en medio de esta maldita pandemia. Hay que tener mucha disciplina para tele-estudiar una carrera técnica. Es su último año y teme perderlo. Todos estáis muy orgullosos de ella.

Vuelve el silencio.

“La policía ha recomendado que nadie salga a la calle hoy. Siguen sin saber si además del descerebrado de anoche, hay otros que lo apoyaban. Se oyeron disparos en diversas partes del centro. Hay tres muertos y ese

loco. Más de veinte heridos. Todo es muy confuso”.

“Dile a mamá que el viernes pasaré a cenar por casa”.

Asiente con la cabeza, te da un fuerte abrazo y notas que algo roto en vuestro interior comienza a sanar. Notas un sollozo. Le acaricias la espalda y repites ese “tranquila” que tanto le molesta. Sonríe. Se coloca el abrigo y ata la bufanda.

“¿Y el *hijab*?”, preguntas.

“Aquí el valiente eres tú. Hoy no es día para llevar *hijab*. Hoy toca llevar este gorro de lana y mañana. Mañana, Dios dirá”.

No más frases hechas por hoy. Estamos a tres de noviembre.

Capítulo 14

Posts desde Volkstheater Blues VI

3 de noviembre de 2020

Es curioso, pero en esta ciudad donde los monumentos siempre hablan de Franz, no hay muchos Franzs... yo, al menos, no he conocido a ninguno.

Eso sí, estoy convencido de que en el pasado algún Franz nació en Klosterneuburg, una pequeña ciudad sanatorio, hoy suburbio de Viena, localizada a solo 13 km de mi casa y donde murió, el 13 de junio de 1924 otro Franz... Kafka.

Ese Franz von Klosterneuburg, supuesto e imaginado, seguro que no llenaría las terrazas de los cafés vieneses en plena pandemia, como otros muchos hacen...

Estoy convencido de que nunca iría a celebrar la apertura del vino nuevo o el cierre de la cosecha en los innumerables restaurantes que llenan las colinas de la ciudad... seguro. Y en tiempo de pandemia menos... ¡claro!

Sé, y me consta, que mantendría en todo momento la distancia de seguridad, reaccionando ante cualquier quiebre de la normativa como buen ciudadano... con máscara tapa-bocas... ¡sin duda!

Tampoco sería responsable de haber espantado a esos gitanos que habían vuelto en julio... ni se pasaría el día dando abrazos y besos cuando, precisamente, no había que darlos... ¡no!

Por eso sé, y también me consta, que no es Franz quien se niega a dar los resultados de los análisis de Covid por teléfono en otro idioma que no sea alemán...

...y menos en inglés. ¡Por favor!

Pues sé, y obviamente me consta, que, en una ciudad internacional, sede de sedes de la ONU, alguien capaz de explicar en el idioma global que no es posible dar resultados en inglés porque la norma solo permite darlos en alemán, hace mucho que aprendió que...

...por encima de manejar de manera eficiente y escrupulosamente legal normas, leyes, reglamentos o trenes ...existe la humanidad.

Así que, hoy, seguramente habrá sido cualquier otro, un Gregor, por ejemplo, el que se ha despertado "convertido en un monstruoso insecto ...tumbado sobre su espalda dura, y en forma de caparazón y, al levantar un poco la cabeza veía un vientre abombado, parduzco, dividido por partes duras en forma de arco, sobre cuya protuberancia apenas podía mantenerse el cobertor, a punto ya de resbalar al suelo [1]".

PD 1: Escrito 75 años después de que saliera el último tren para Auschwitz;

PD 2: El atentado nos ha desquiciado a todos... vuelven a responder en inglés. Retiro las menciones a Auschwitz y los horarios de tren.

[1] Del inicio de la Metamorfosis, de Franz Kafka (1915)

Capítulo 15

Un plato es un plato, y dos son dos

Igual, igual, lo que es ser iguales, no son. Pero, tienen un aire. Los ingredientes son casi los mismos. Uno lleva patatas, tomate, pimientos, cebolla, ajo, una cucharada rasa de harina, pimentón y carne, y el otro, pues, cambia, y es con pescado, de mar.

Además, ambos se cocinan en marmita. No la de los druidas galos pero parecida, una cacerola, caldero, pote u olla de toda la vida. Esa con asas y tapa, de las hondas, no de las de presión.

La presión, estos días, mejor olvidarla.

De esta manera, en uno se ha de empezarse mondando las patatas, luego hay que limpiarlas y cortarlas a dados con un cuchillo o navaja en pedacitos del tamaño de una almendra o avellana, pero de macadamia, de las grandotas. Porque, aunque algunos digan lo contrario, el tamaño siempre cuenta.

Mientras, en el otro también se mondan las patatas y se limpian, pero no se cortan, se cascan, en pedazos del tamaño de una nuez común. Eso sí, también con cuchillo o navaja.

Inmediatamente, en el primero se tendrán que freír las patatas y en el segundo se cocerán en una cazuela, cubiertas de agua, con un par de toques de sal.

Antiguamente, el primero se hacía en el bosque, apilando maderos, buscando conseguir una buena brasa que calentase un caldero que pendía de tres cadenas y sus respectivos postes. No creo que entonces se usara aceite de oliva sino magro o grasa, y tampoco me imagino que siempre fuera con carne de ternera. Sería con carne de caza, o carne de robo.

Aquella que los soldados conseguían de la mejor o peor manera para llenar sus tripas vacías. Pero hoy, aquel plato de cuartel, se ha convertido en un majar nacional, orgullo de Austria, Hungría y demás vecinos. Aunque dicen, las malas lenguas, que, en el fondo, es un plato inventado por los invasores turcos o mogoles.

Por cierto, hay quien reniega de las patatas por americanas y, por lo tanto, extranjeras, aunque también, por la misma razón, deberían

cerrarse frente al tomate. Pero ¡Ojo! El tomate ya se ha integrado completamente y nadie rechaza la antigua fruta del paraíso. Los turcos o mogoles, por el contrario, los hay más integrados o menos y, quizá, por ello, se silencian y olvidan.

Otra opción: preparar arroz blanco por separado y mezclarlo todo al servir. Pero esto también es un poco asiático, bastante más oriental de hecho.

Llegados a este punto, en ambos platos, en una sartén aparte, se han de poner un par de cucharadas de más aceite de oliva con un diente de ajo a dorar a fuego medio.

Cuando se haya dorado éste, en uno, y solo en ese uno, se mete la carne cortada a daditos. Se le da una vuelta o dos para marcar y soltar esa grasilla que lleva dentro, y que va a darle ese sabor especial a carne. Se saca y reserva.

Seguidamente, en ambos platos, en ambos dos, se meten las cebollas cortadas en rodajas, un par de cabezas de ajo bien picadas y, lentamente, al principio, y más tarde, rápidamente, se va revolviendo todo muy a menudo hasta que empiecen a transparentar.

Justamente, cuando hayan adquirido un color dorado las cebollas, se agregan la cucharada de harina, al minuto... ¡Cuidado!, al minuto, y luego la de pimentón.

Se revuelven bien y, a continuación, se suma el tomate pelado muy picadito, dejando hervir todo durante unos 20 minutos. Agregando a ambos, los pimientos previamente asados, pelados y cortados a tiritas, dejando hervir 5 minutos más.

Opcional, para aquellos carnívoros que gustan del toque alcohólico: al echar el tomate, mirad en la nevera y si tenéis alguna botella de vino blanco abierta y languideciendo, mejor si es un buen *riesling* local, usadla. Echar un chorrito y que el alcohol vaya evaporándose durante el hervor. Le da un toque especial.

Por el contrario, al plato de pescado, no sabría yo si echarle un chorrito de *txakoli* local. Pero si está fresquito en la nevera, serviros una copa y tomad un trago de energía para seguir con el plato.

Por cierto, mientras todo hierve, en el segundo, toca poner las patatas a cocer. Entretanto, se le quita la piel al bonito y se le van arrancando trocitos algo menores que los de la patata, introduciendo el cuchillo o navaja pero no cortando, sino arrancando. Los trozos, habrán de ser sazonados. Y me imagino, que en su día, además de bonito, podría hacerse con cualquier pescado que cayese en las redes de los *arrantzales*

[1] de altura, pues, este plato, no deja de ser un plato de pescadores. Comida de pote con muchos hidratos de carbono y verduras secas o secables, para ser preparada y tragada en la cubierta del barco. En esos hornos móviles de antaño, de barro, en los que las brasas se cubrían para que no causaran incendios en cabos, velas o palos.

Acompañada de la consiguiente galleta, prima del pan duro y del bizcocho seco, manjar sorprendente tras rebañar la salsa sobrante en el fondo de la marmita. Qué, con el tiempo, también se ha convertido en plato nacional, orgullo de vascos y no tan vascos.

Con patata, y siempre con patata.

¡Por fin! Para ir acabando el primero, se recuperan los pedazos de carne, se salpimientan, y se añaden en una olla con el contenido de la sartén. Se echan un poco de agua encima, aunque si se tiene un caldo de carne o verdura a mano, pues mucho mejor. Se pone todo a hervir veinte minutos y se prueba. Qué la carne está dura, pues se deja hervir un rato más.

¡Atención!

Remover lentamente para que no se pegue a la base de la cazuela, ni se quemé, y controlar que el agua o caldo, ni sobre, ni falte. Que seco queda un poco pastoso y si es muy líquido, parece una sopa y las patatas no pegan.

Simultáneamente, se ponen las patatas a freír en aceite de oliva a fuego lento y al rato a fuego más vivo, para que acaben doradas por fuera y blanditas por dentro. Y cuando estén hechas, se sacan, se escurren de aceite, y se mezclan con la carne y el resto de la olla, preparándose el puchero para ser sacado a la mesa y servido.

Mientras que, para finalizar el segundo, cuando están casi cocidas las patatas, se les agrega el bonito encima.

¡Ojo! No revolver patatas y bonito. Esto no es un *gulas*, sino *marmitako*, y a los 5 minutos, se añade todo el contenido de la sartén a la marmita y, dependiendo de lo que a uno le guste el picante, se puede echar una guindilla para que hierva durante veinte minutos más.

Y, ¡ilisto! A servir.

[1] Pescador en euskera.

Capítulo 16

Posts desde Volkstheater Blues VII

3 de marzo de 2021

*A un año del inicio de esta pesadilla... no sé que más cocinar en casa...
me repito y me repito...*

...no sé que más cocinar en casa...

...no sé que más cocinar en casa...

Siempre lo mismo, ni "rico-rico", ni ileches!

Capítulo 17

Cisleitania Blues

En estos días de móviles, SMSs y WhatApps el sonido del teléfono fijo asusta. Lo suelo tener a mi izquierda, muchas veces enterrado entre folios de informes, regulaciones, presupuestos y borradores de presentaciones. Arrinconado.

Aquella mañana, además, George, colega agregado en la Embajada de Canadá, olvidó completamente los protocolos de cortesía anglosajones y fue directamente al grano:

“Me acaban de llamar, Axier. Me van a enseñar el piso. Tienes que acompañarme”, en imperativo.

Había conocido a George en el coctel de despedida del antiguo Consejero Británico ante la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC, por sus siglas en inglés).

Esta es una ciudad de espías, ya lo dice John Le Carré [1] en sus novelas, y lo corrobora Korea del Norte, que dicen usa Viena como centro para sus operaciones en Europa. Así que, como siempre, intercambiamos esas palabras de presentación en la que uno dice su nombre y añade como apellido la institución para la que trabaja. Seguimos con cuatro comentarios simples sobre la fiesta y el vino, y al rato nos adentramos en la búsqueda de amigos o conocidos comunes, para ver si podíamos ir un poco más allá o no. Y la lista no era pequeña.

Teníamos dos amigas comunes en la Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional, un antiguo colega en la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa, otro para en las instituciones europeas y compartíamos área de trabajo en lo que respecta a la UNODC. Asimismo, descubrimos que estábamos recién llegados a la ciudad y que a ambos nos gustaba e interesaba su pasado e historia.

Generalmente, un cóctel es el momento para aumentar la agenda con nuevos contactos, y mejorar la relación con contrapartes y socios potenciales. Pero aquella noche, la única relación que mejoró fue aquella con Canadá.

En esta ciudad, como en muchas, existen mundos paralelos que se entrecruzan, solapan y conviven sin mucha interrelación. Uno de ellos es

el mundo diplomático y el de las organizaciones internacionales, que, paradójicamente ajenas a donde están situadas, aquí, piensan, hablan y actúan con la mente en terceros lugares.

Con George, la conversación sería comenzó en torno a las verdaderas capacidades de la ONU para gestionar proyectos relacionados con la prevención de la violencia extremista, y acabó con los retos todavía vivos que presenta la memoria y la verdad en esta ciudad.

“Me ha llamado la mujer. Les escribí siguiendo tu recomendación. Y ella me ha llamado. Dice que su marido no estará en toda la tarde y que es una buena ocasión para pasar. Me acompañas, ¿verdad?”

Quedamos a las dos de la tarde en el número 10 de la calle *Westbahnstrasse*, en pleno Distrito 7 de la ciudad, perpendicular a la recién renovada *Neubaugasse* o *Neubau*, como se la conoce en la ciudad. Un área, hoy, llena de tiendas alternativas, boutiques independientes, restaurantes y cafeterías. Un barrio vivo, a menos de 10 minutos andando del centro, en continuo cambio y joven, pocas veces visitado por los turistas que abarrotan la *Innenstadt* [2].

Estábamos en mayo, celebrando la libertad post-Covid, pero siguiendo el lema de “*a mask is a must*”[3], salí de la oficina con destino al metro de Karls Platz disfrazado de forajido, tenso y pendiente de guardar la distancia de seguridad hasta en el transporte público. Un imposible, a fin de cuentas. Consciente de que cualquier movimiento más allá de mi burbuja de seguridad era un juego de ruleta rusa con el virus, que de nuevo volvía a extenderse por la ciudad.

Al llegar a la dirección que me había dado George, dos tiendas de antigüedades y una de ropa de segunda mano ocupaban los bajos de un edificio construido a principios del Siglo XX. Cuando esta era la capital de un imperio. Cuando *Neubau* era un barrio de clase media y trabajadora al oeste del *Ring*, la avenida que rodea a la ciudad antigua y que fue construida siguiendo las antiguas murallas de la villa, o del *Museumquartier* que entonces no existía.

En el suelo, seis cuadros dorados nos esperaban.

“Esos son mis bisabuelos y estas mis tías-abuelas”.

Llamamos al timbre y una voz femenina nos abrió el portal.

George, de traje gris oscuro había dejado su corbata en la oficina. Yo iba sin traje, con pantalón oscuro y polo de color verde. Seguíamos sin tener reuniones físicas, así que para que usar traje y corbata. Además, no queríamos parecer dos abogados con ganas de jaleo. La idea era saludar, echar un vistazo, ayudar a George a entender qué se escondía en su

pasado y salir.

“Nunca entendí a mi abuelo. Huraño. Ejerció de contable toda su vida en un pueblo perdido en Omak, Washington. En el estado, no en la ciudad. Es un lugar que hoy no debe tener más de 4500 habitantes, rural y agrícola. Lleno de bosque y aserraderos. Frío, cercano a la frontera de Canadá. Un sitio en el que era odiado por ser el contable y manejar el dinero de los grandes ranchos y empresas madereras, o por ser el único que no asistía a ninguno de los servicios religiosos del domingo. Durante años pensé que mi abuelo era uno de esos *nazis* escapados que un día escribían su apellido alemán acabado en “dt” y otros en “d” o en “t”, para disimular”.

“Mi madre huyó de Omak a Vancouver, donde yo nací. Solamente recuerdo haberle visto un par de veces en casa. No viajaba, casi no hablaba”.

La señora Grünwald nos esperaba con la puerta abierta. Había preparado un té con pastas de mantequilla y fue, sorprendentemente, amable. Fornida, recién peinada y con máscara cubre-bocas blanca, a través de esta se adivinaba un ligero toque de maquillaje y sombra de ojos, y a sus más de 60 años nos recibió vestida de calle, con una sencilla cadena acabada en cruz sobre una blusa de cuello en uve color burdeos, falda oscura a cuadros, medias y zapatos de paseo.

“El piso no ha sido reformado prácticamente desde que su abuelo vivió en él. Mantiene la misma estructura. Con este *hall* de entrada que hace de salón de estar del que salen las tres habitaciones y la cocina. Nosotros usamos una de las habitaciones como sala de televisión, pero seguramente en su día se usaba como dormitorio. Entiendo que su abuelo tenía dos hermanas”.

Ciertamente, el piso parecía seguir teniendo las puertas y ventanas originales, pintadas de blanco hoy, adivinándose las diferentes capas de pintura y sus décadas pasadas. Cuadros con escenas de caza, caballos y húsares, presidían una entrada junto a fotos familiares, recuerdos de celebraciones, un sofá y dos sillones de cuero, una mesita dorada y una tuba. Que colocada cabeza abajo, recordaba a la cascara de un caracol gigante abandonado.

“Le agradezco mucho la posibilidad que nos ofrece. Entiendo que no tenga que ser fácil. Tampoco lo es para mí”, añadió George.

“Mi marido no quería que le enseñáramos la casa. Él creció aquí. Tanto su familia como la mía llegó tras el final de la guerra. Mis padres llegaron desde lo que hoy es Bratislava, aunque en mi casa siempre se llamó *Preßburg* [4]. Y los suyos llegaron desde los Sudetes [5]. También nosotros sabemos lo que es tener que huir y a mí siempre me habría

gustado poder visitar la casa de mis abuelos en Eslovaquia"[6].

"¿Podría dejarme un momento a solas, en esta habitación?"

Dejamos a George pensativo. Entré en la cocina junto con la señora Grünwald, que no paraba de contar anécdotas del periodo de entreguerras y de su familia en Bratislava, como si los nervios activaran directamente los músculos de una lengua que no paraba de autoexcusarse. Y acabé mi té con un nudo en la garganta.

"¿Y su marido?", pregunté.

"Mi marido siempre sale a esta hora. No sabe nada, no me gustaría que se enterara, ¿sabe? Es un tema que todavía no es fácil en Austria".

Willy, Ravensbrück, Mellita, Deportiert, Liane, Auschwitz, Erna Esther, Ermordet [7]... Las *stolpersteine*, o piedras-obstáculo de Gunter Demnig están por casi toda la ciudad.

Nos despedimos, confirmamos que la visita secreta se quedaba entre nosotros, y tres miradas de agradecimiento se cruzaron tras las máscaras. "No es tiempo para estrechar manos. *Vielen Danke!* [8]"

George, salió del portal y se quedó de nuevo ante esos pequeños cuadros de metal que recuerdan quién fue deportado, asesinado o expulsado a dónde y cuándo.

"El nombre de mi abuelo debería estar también aquí, junto al de sus hermanas. Pero él escapó justo en marzo de 1938, durante los primeros días de la *Anschluss* o anexión de Austria. Militaba en un movimiento de izquierdas y alertado por la represión que el partido *nazi* estaba llevando a cabo en Alemania, salió por la frontera italiana, vía Suiza y Francia hasta el Reino Unido. Todavía no se había puesto en marcha el famoso campo de recepción de refugiados en Kent [9], gestionado por familias judías y que facilitó la huida de miles de personas tras la *Kristallnacht*".

Bajamos en dirección a *Mariahilferstraße* y paramos en el Café Europa, con sus pizarras en la pared, las cómodas sillas rojas, esas locas bombillas colgantes que se asemejan a estrellas y su fantástica cafetera italiana. Y no pude reprimirme, contándole ese viejo chiste sobre el día de la entrada de las tropas alemanas en Viena y su población levantado el brazo, no como dice la historia haciendo el saludo *nazi*, sino como señal de "pare", "alto", "stop"... en fin.

Nos reímos un rato, y recordamos todas las ciudades que levantaron el brazo intentando "parar" la entrada de las tropas nazis en la zona. Comentando esa fantástica comparación que Emir Kusturica hace en su película "*Underground*"[10], entre como son recibidos los *nazis* en Maribor

(Eslovenia), Zagreb y Belgrado.

“Es curioso como todos esos países que se aliaron con Hitler hoy reniegan de su complicidad, sin asumir responsabilidad alguna” añadió. “Cómo podemos pretender no repetir la historia, si nos negamos a reconocer la parte oscura de la misma”.

Pero George necesitaba contar su historia, así que tocaba dejar ese tipo de reflexiones para otra ocasión: “Se llamaba Frank, Franz Johan, Francis Johan cuando recibió la nacionalidad norteamericana. La *Kristallnacht* no ocurrió hasta noviembre del año en que salió de esa casa. Ocho meses después. Pero en Alemania las leyes antijudías ya estaban en vigor desde 1933. Estoy seguro de que nunca se imaginó que se podría llegar al extremo con su familia. No eran judíos al cien por cien. No practicaban la religión, su madre estaba incluso bautizada en la fe católica. Eran lo que algunos llaman ahora asimilados. Mi bisabuelo había huido de Galitzia, ahora polaca y entonces austrohúngara tras la I Guerra Mundial y, además, eran pobres.

Vivían en este piso de alquiler, mi bisabuelo, que era veterano de la Gran Guerra, trabajaba como técnico especializado en una de las fábricas del barrio y mi bisabuela cosía en un taller de costura en el centro. No estaban mal, habían conseguido dar una buena educación a sus tres hijos, pero no les sobraba el dinero. La crisis de entreguerras había vaciado la ciudad y afectado a todos sus habitantes de una manera u otra. Aguantaron con ahorros y ayudas de familiares y amigos tres años antes de ser deportados. Para entonces, mi abuelo ya había llegado a los Estados Unidos”.

Dos chicas estaban sentadas en la mesa de al lado y nos miraban con cara de curiosidad. Esa manía que tienen los norteamericanos de hablar alto para que todo el mundo se entere. O demostrar confianza, según ellos mismos dicen, se le había pegado a George, que por muy canadiense que defendiera ser, no dejaba de tener la influencia de su madre. Me imagino yo.

“¿Has leído alguna vez Un sombrero lleno de cerezas de Oriana Fallaci? Cuenta la historia de su familia, presentando a sus abuelos, abuelas, bisabuelos, etc., como parte de ella misma. Presentes en su ADN, en sus memorias. Por eso quería visitar el piso. Sé que, si en algún lugar está su alma, ese no es Omak. Pero no sé si lo he sentido aquí. En esa casa he sentido frío, miedo, ausencia. No sé si he sentido a mi abuelo”.

Frank llegó al puerto de Nueva York como marinero de un carguero británico. Sindicalistas ingleses le habían facilitado los documentos falsos para enrolarse en el buque y al saltar a tierra, contactos entre los sindicatos del puerto facilitaron su desaparición en la gran ciudad. Tras la crisis de Wall Street de 1929 emigrar legalmente a los Estados Unidos era

difícil pues existía una política de cuotas estrictas, y tuvo que entrar ilegalmente.

“Paradójico que ahora estemos trabajando con la UNODC, entre otras cosas, para apoyar su lucha contra el tráfico de personas, persiguiendo a estructuras como las que facilitaron la entrada de tu abuelo en los Estados Unidos, ¿no te parece? Si le hubieran cazado, seguramente habría sido deportado de vuelta al Reino Unido en guerra o, incluso, a Austria o Alemania”.

“Puede ser, pero a él le salvó, precisamente, la guerra. Cuando en diciembre de 1941, tras el ataque a Pearl Harbour, los Estados Unidos entraron en la guerra, él se presentó de voluntario y consiguió naturalizarse. Inicialmente fue enrolado en un equipo de comando, paracaidistas de la infantería ligera, lo que hoy se conoce como Airborne Rangers, con el hipotético objetivo de entrar en territorio bajo control alemán. Pero al poco se le asignó a un grupo llamado los “Ritchie Boys”. Una unidad formada por norteamericanos de origen alemán, la mayoría judíos, bilingües, que fueron entrenados en técnicas de propaganda e interrogatorio. Entró en el continente por Normandía y acabó en el equipo de interrogación durante los juicios de Núremberg.

Hubo alrededor de dos mil doscientos judíos de Alemania y Austria sirviendo con los “Ritchie Boys”. Llamados así porque eran preparados en el campo de entrenamiento Ritchie en Maryland. Entró en combate bajo el General Omar Bradley, en Utah Beach llegando a estar envuelto en acciones contra la División SS Das Reich en Bretaña. Bradley se lo llevó después con él al recibir el mando del Grupo 12 del ejército, y con él siguió en las batallas de Aquisgrán y Bulge. Donde debió ser bueno a la hora de conseguir información de los prisioneros pues recibió una medalla.

Sabíamos que en Berlín había conocido a la abuela. Que ella era parte del equipo administrativo del ejército de tierra. Pero del pasado militar del abuelo no sabíamos nada. Nunca dijo nada en casa. Nunca participaba del desfile del 4 de Julio. Nos enteramos de todo tras su muerte, al recibir una comunicación del Ejército que nos recordaba que seguía existiendo la posibilidad de enterrar al abuelo en el cementerio militar de Arlington y ponerse mi madre a indagar.

Dentro de nada, el 19 de noviembre, van a cumplirse 75 años desde que comenzaron los juicios de Núremberg. Y todavía me cuesta creer que allí estuviese mi abuelo, en el equipo de interrogación del Fiscal Robert H. Jackson. Entre otros, se debió enfrentar al austriaco como él, Ernst Kaltenbrunner, el miembro de mayor graduación de las SS juzgado y condenado por crímenes de guerra en aquellos juicios. Debió ser tremendo para él tener en frente a uno de los responsables directos del

asesinato de sus padres y hermanas”.

“O a Seyss-Inquart, el canciller austriaco que permitió la anexión. ¿Te imaginas?”, añadí.

“Sí...”, creo que George también estaba imaginando el tipo de interrogatorios en los que estuvo involucrado su abuelo y decidimos que mejor acabábamos allí con la II Guerra Mundial.

Las chicas de la mesa de al lado ya no miraban con curiosidad. No debe ser agradable pensar que el abuelo de uno puede ser potencialmente verdugo y víctima a la vez. “Esas *stolpersteine*, las que estaban a la entrada del edificio, las encargó mi madre”.

Gunter Demnig, es un artista alemán que creó las piedras-obstáculo como un homenaje a las víctimas de la persecución *nazi*. Son pequeños bloques de bronce incrustados en la calle en las proximidades de los edificios donde vivían o trabajaban las víctimas, hoy hay más de 50.000 por toda Europa y fue, justamente Austria, el primer país donde fueron colocadas.

“Creo que nunca superó haber abandonado a su familia. Nunca volvió a esta que fue su ciudad. Para él había dejado de existir. Sabía que no le querían, que su mera presencia haría recordar. Se construyó una segunda vida. Un mundo burbuja alrededor de mi abuela y su hija en el que el pasado no existía. Aunque estoy seguro de que su mente estuvo siempre aquí. En este barrio, en esa calle y ese piso de donde un día se fue corriendo pero del que nunca salió”.

...

“Cuando yo era pequeño, recuerdo una vez que le pregunté por qué hablaba de esa manera tan graciosa. Como los malos de las películas.

Él me respondió que porque era de Cisletania”.

“Cisletania no existe”, recuerdo que le respondí.

Y él me dijo que tenía toda la razón. Que Cisletania ya no existía”.

[1] Fallecido justo el 12 de diciembre de 2020 mientras trabajaba en este libro. Autor, entre otros, de una de las primeras novelas de espías que leí en mi vida, “El espía que surgió del hielo” (1963) y “El sastre de Panamá” (1996)...

[2] Parte antigua o histórica de la ciudad.

[3] Una máscara es imprescindible

[4] Nombre en alemán de Bratislava, hoy capital de Eslovaquia.

[5] Territorios de la antigua Checoslovaquia de población mayoritariamente alemana hasta la II Guerra Mundial, anexionada en su día por la Alemania nazi.

[6] Se calcula que huyendo de las tropas aliadas y, sobre todo, tras la reconfiguración de las fronteras al finalizar la Segunda Guerra Mundial, entre 12 y 14 millones de nacionales alemanes y alemanes étnicos de los diversos Estados y territorios de Europa, fueron desplazados de manera forzada en los tres años siguientes a la guerra (1945–1948).

[7] Nombres de personas, campos de exterminio, deportado y asesinado, en alemán.

[8] Muchas gracias, en alemán.

[9] Se calcula que el Kitchener Camp facilitó la huida de más de 4000 personas desde los territorios bajo control alemán, incluida Viena. La iniciativa se puso en marcha en febrero de 1939 y se sufragó principalmente con fondos privados.

[10] Tragicomedia estrenada en abril de 1995, durante el último año de las guerras en Bosnia y Croacia.

Capítulo 18

Posts desde Volkstheater Blues y VIII

Es 19 de mayo de 2021 y se ha acabado el estado de alarma en Viena. Tomo el autobús camino de mi nueva oficina y el sol entra por la ventana. El gris del invierno parece que nunca existió y los ojos tras las máscaras brillan.

En unos diez días me darán la primera dosis de la maldita vacuna y no acabo de soñar el día en que gritaré: ¡...he sobrevivido!

Paso por Kettenbrückengasse, la calle del puente de las cadenas y me siento libre.

A unos metros, la policía enmascarada se agacha para tomar el pulso a unas piernas que sobresalen del portal de acceso a un local de máquinas de comida y bebida... me asombro y mis ojos se pegan a la ventana, mientras observo que nadie más en el autobús se gira.

Soy el único curioso.

La televisión del bus nos dice que Austria ha vencido 9-0 a no-sé-quien en hockey sobre hielo, y los señores patinadores concentran la atención de mis compañeros de viaje, mientras yo no puedo dejar de mirar por el rabillo a la señora rubia que conversa con la policía y cuenta, o al menos eso me imagino, lo ocurrido con el señor que en el suelo tumbado, también imagino, prolonga esas piernas que siguen sin moverse.

Albert King, un maestro del blues de antes, tiene una pieza llamada "Sunrise blues" ...es una de esas piezas clásicas que relajan, empiezan con la guitarra a un ritmo tranquilo y aunque habla de desamor, en fin, es blues... acaba con toda esa energía que desprenden una gran guitarra acompañada de un órgano de iglesia afro...

...el sol sale por fin y qué demonios, ¡al carajo!

Se cierran las puertas, el pitido anuncia que la plataforma se eleva y, por fin, el autobús arranca.

El hockey ha sido sustituido por propaganda barata de un all-included en Grecia.

Nunca sabré que ha ocurrido con el señor, sus piernas, la rubia y los policías enmascarados... pero el sol ha salido y brilla.

¡Menos mal que la pandemia nos ha hecho más solidarios!

*PD: En el servicio de asistencia Covid, vuelve a responder en ingles....
¡Yupi, viva!*

Capítulo 19

Cisletania

Cisleithanien en alemán, fue el nombre de la parte austríaca del Imperio austrohúngaro. Deriva del río Leita (hoy Lajta), y se le aplica por encontrarse en su mayor parte al oeste del río o "aquende", desde la perspectiva austríaca.

Incluía, entre otros a Dalmacia, Istria y la mayoría de las posesiones austro-húngaras en los Alpes.

Del mismo modo, Transleithania, las tierras del Reino de Hungría, se encontraban al este del río Leita.

La capital de Cisletania era Viena.

FIN